



TRISTES Y ALEGRES



DA-1-640

R-41-206



JUAN ANTONIO CAVESTANY

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

1
AB
640

TRISTES

Y ALEGRES

POESIAS



MADRID

TIP. DE LA "REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1916

Es propiedad:

queda hecho el depósito que marca la ley.

Al Excmo. señor

D. Torcuato Luca de Tena.

Mi querido amigo:

La mayor parte de las composiciones de este libro han visto por primera vez la luz pública en el «Blanco y Negro». Permítame usted que, al coleccionarlas, se las ofrezca a su ilustre Director, dándome el placer de asociar mi nombre al de quien tanto ha hecho por el engrandecimiento y la dignificación de la Prensa Española en todos sus órdenes.

Juan Antonio Cavestany.

EL POETA EN LA PAZ



LA ENCINA CASTELLANA

I

LA encina, de Castilla en la llanura,
es el símbolo fiel de su nobleza:
fuerte el tronco, rugosa la corteza,
rica la savia, eterna la verdura.

Es, como el brazo de sus hijos, dura;
como su raza, espejo de firmeza,
y no pide, feliz en su pobreza,
ni riego ni cuidados su hermosura.

La noble encina y de la mies el manto
escriben de Castilla el himno santo
sobre sus pobres tierras desangradas,

y son del himno homérico y vibrante,
los surcos, el pentágrama gigante;
las encinas, las notas acordadas.

II

Mientras con más vigor al cielo erguía
la fuerte encina su verdor lozano,
su raíz en el suelo castellano
más reciamente por doquier se hundía.

Y tanto al fin se hundió que llegó un día
en que sintió su esfuerzo sobrehumano
que del planeta en el confín lejano
todo un mundo con ella sostenía.

Pasaron siglos; el estrecho lazo
deshizo la discordia de un zarpazo;
mas cesaron los odios infecundos

del idioma común por ley divina,
y aun las raíces de la vieja encina
son fuertes garras que sostienen mundos.

EL PRIMER VUELO

ME dió a la vez pena y frío
verlo solo y sin calor...
¿Dónde hay tristeza mayor
que la de un nido vacío?

Hasta ayer, cuando pasaba,
diminutos y gemelos,
contemplaba los polluelos
que el pobre hogar cobijaba;

hoy, al volver a pasar,
yo no sé lo que he sentido
al ver deshecho aquel nido,
al ver roto aquel hogar.

Debió ocurrir y ocurrió;
no me extraña, aunque me duele;
justo es que al espacio vuela
quien para el vuelo nació.

Ya eran grandes; no cabían
en tan mezquina estrechez;
sus alas, más de una vez,
sin darse cuenta, se abrían;

el aire azul los llamaba;
su madre, con pío blando,
junto al nido aleteando,
a volar les enseñaba...

No ceder fuera locura
de tal impulso al afán;
tiene irresistible imán
para el pájaro la altura.

¡Y es tan dulce la ilusión
que acompaña al primer vuelo!
¡En él van siempre hacia el cielo
las aves... y el corazón!

Dicha de extraña excelencia,
común a todos los seres...
¡Por tener amaneceres
es amable la existencia!

Hicieron bien; de su empeño
no ha de haber quien los demande;
¡es el espacio tan grande
y es el nido tan pequeño...!

¿Quién no deja de buen grado
su refugio de granzones
por las abiertas regiones
del éter, en luz bañado?

Mas la suerte veleidosa
pone a veces la ventura
más en la estrechez obscura
que en la amplitud luminosa;

y el pájaro que se aleja
no piensa nunca al volar
que el bien que corre á buscar
es el bien mismo que deja.

El hondo anhelo que siente
le asegura, engañador,
que no hay un goce mayor
que el de volar libremente,

y en ese engaño fatal
busca la dicha soñada,
dejándosela olvidada
bajo el ala maternal.

¡Qué pavoroso problema!
¡Volar!, ¡volar...!, ya se sabe,
es para el alma y el ave
la felicidad suprema;

y ambos en el mismo error,
cuando la edad les convida,
se lanzan hacia la vida...
que es lanzarse hacia el dolor.

Luego, con su golpe eterno,
viene de los dos en daño,
para el alma el desengaño,
y para el ave el invierno;

y entonces, cuando perdido
el bien que soñaron miran,
aunque ya es tarde, suspiran
por los granzones del nido.

¡Ay!, al lanzarse a la altura
nadie, nadie considera
que al volar por vez primera
prepara su desventura;

mas juntándose en la herida
con el dolor el consuelo,
por recordar ese vuelo
luego es hermosa la Vida.



TERESA DE JESUS

FUÉ una vez el Amor interrogado
y se quedó perplejo y vacilante.
—¿Quién es—le preguntaron—el amante
que más dulce tributo te ha pagado?

¿Qué pecho de mujer fué traspasado
por un dardo más vivo y penetrante
y quién logró vivir, por más constante,
en más estrecha unión con el Amado?

Si tú fueras mortal, ¿de quién querrías
tener el alma entre las redes presa
para pasar ante sus pies tus días?

¿A quién harías de adorar promesa,
o qué nombre de amante escogerías?
Pensó el Amor, y contestó: —Teresa.



¿CONCHA O PERLA?

(A...)

LA placidez de tu vida,
que aún no nublan los pesares,
tienes entre dos hogares
sabiamente repartida.

En la cantábrica bruma,
frente al uno el mar desmaya
en la más hermosa playa
que besa y borda la espuma.

Al otro, de naranjales
envuelto en bosques umbríos,
el más bello de los ríos
presta espejo en sus cristales.

La playa, risueño edén
con que el Cielo premió al hombre,
comparte contigo el nombre:
se llama Concha también;

y al pueblo, cuya alegría
tiene en el Betis su fuente,
se le llama comúnmente
la perla de Andalucía.

De esos hogares, que Dios
juzgó brindarte oportuno,
por no ofender a ninguno
copias un poco a los dos,

pues algo lleva grabada
tu belleza peregrina
de la concha nacarina
y de la perla irisada.

Guardan tus ojos impresas
en sus pupilas hermosas
las penumbras misteriosas
de las tardes montañosas,

en tanto que tu mejilla,
nido de rosas y amores,
junta todos los colores
de la flora de Sevilla;

como en tu voz—y me explico
mezcla tal, triste y risueña—
hay dejos de malagueña
y hay cadencias de zorcico.

¿Confundirme, acaso, quieres?
Pues lograste tu intención,
y ya es tal mi confusión
que no sé de dónde eres.

No intentes más acrecerla,
porque la duda me humilla...
¿De Cantabria o de Sevilla?
Di la verdad: ¿concha o perla?



LA GOTA DE AGUA

DEL hilillo de perlas de una fuente,
oculto entre el follaje de la umbría,
escapóse una gota transparente
que iba diciendo así cuando corría:
—Iré a unas flores a pedir posada.
¿Un lirio no he de hallar o una amapola
que me presten morada?
Quiero vivir independiente y sola,
y ese el refugio mío
debe ser contra el Sol y sus rigores;
siempre vi que a las gotas de rocío
dan albergue las hojas de las flores.
Mientras así pensaba
la gota que en la piedra resbalaba
otra llegó a alcanzarla en su carrera;
vino tras la segunda la tercera,

y otra más y otra más y otra en seguida,
y tantas fué encontrando en su camino,
que, en cascada de pronto convertida,
se hizo por fin arroyo cristalino.
Y así decía, reflejando al Cielo,
la gota convertida en arroyuelo:
—Tenderé por la vega los cristales
de mis tranquilas aguas rumorosas,
y regaré bancales,
bebiendo vida en mí frutos y rosas.
Y cuando de este modo mansamente
el arroyo corriendo discurría
vino a dar en un río de repente,
y la gota decía,
dejándose arrastrar por la corriente:
—En huertas trocaré los arenales
y pondré, fecundando estas riberas,
sobre el rico tapiz de los trigales
un toldo de naranjos y palmeras.

Esta ilusión el río acariciaba
cuando sintió que el mar se lo tragaba;
y la gota nacida
del pobre manantial de un altozano
exclamaba, perdida,
en la inmensa extensión del Oceano:

—¡ Ay, de este mar, en la insóndable anchura,
la pobre gota ya se busca en vano
que nació de una fuente en la espesura!

¿Quién la encuentra entre tantas semejantes
como forman la líquida llanura
y estallan en las rocas espumantes?

Y respondió un acento
que bajó de la altura
y en las olas al dar extendió el viento:

—Para mí, que hice mundos a millares,
no hay causa oculta ni razón ignota;
yo sé, con haber tantas en los mares,
en qué fuente ha nacido cada gota.

.....
.....
.....

Gota de un manantial siempre fecundo,
del corazón que sufre un golpe impío,
brotó el dolor primero sobre el mundo,
y quiso el primer hombre en sus congojas
guardarlo, como perla de rocío,
del alma, flor también, entre las hojas.
Pero al dolor primero
vinieron a seguir otros iguales;
la gota fué venero;

se hizo arroyo; corrieron sus raudales
por el valle sombrío;
nuevos hombres sintieron nuevos males;
el manso arroyo convirtiéndose en río,
y pronto el río del dolor humano,
corriendo por riberas dilatadas,
fué a dar al Oceano,
do van todas las lágrimas mezcladas.
Y siempre que una lágrima siquiera,
desde ese mar, pregunta lastimera:
—¿Quién, entre tantas otras confundida,
recuerda de mi origen los rigores,
pobre gota perdida,
en piélago tan hondo de dolores?,
bajando de la altura, de astros llena,
—Yo sé—dice una voz grave y remota—
en qué pecho ha nacido cada pena,
de qué fuente procede cada gota.

EN UN ABANICO

(A CONCHITA DATO.)

ACASO por fuerte instinto,
o acaso por ley fatal,
lo igual huye de lo igual
y va en pos de lo distinto.

Corre tras la noche el día,
que tanta luz atesora,
como tras la blanca aurora
corre la noche sombría.

Huye el invierno traidor
del cierzo helado y sutil,
para reclamar de abril
rosas y vida y calor,

mientras abril, descontento
de la pompa que lo cubre,
va ciego a pedir a octubre
su ropaje amarillento.

Por dar a la Madre Tierra
contraste más soberano,
el llano, huyendo del llano,
sube en busca de la sierra;

entre tanto que la altura,
que el hielo alfombra y esmalta,
huyendo de ser tan alta,
baja a buscar la llanura.

Por el influjo constante
de causas tan misteriosas,
los seres, como las cosas,
aman lo desemejante.

Van tras el malo los buenos,
sin sospecharlo jamás,
y es frecuente querer más
a quien lo merece menos.

Busca el soberbio al clemente,
quien es feliz a quien llora,
el que se niega al que implora,
y el tranquilo al impaciente,

y mientras otros cariños
sufren celos y dolores,
nada turba los amores
de los viejos y los niños.

¡Eterna contradicción,
hija de leyes extrañas,
que empezando en las montañas
termina en el corazón!

Paradoja y no verdad
juzgarás lo que te escribo,
y este es, Conchita, el motivo
de nuestra dulce amistad.

Nuestro afecto sin mudanzas
acaso bendice Dios
porque entre nosotros dos
todas son desemejanzas.

A mí me pesan los años,
a ti te halagan los días;
las que en ti son alegrías
son para mí desengaños;

rosas tu vista descubre;
yo busco en vano un pensil...
octubre va en pos de abril
y abril va huyendo de octubre...

Envidia al pico cercano
da el pico que tiene enfrente;
celos la cumbre no siente
por ver a sus pies al llano.

¿Su bajeza envidiaría
quien cerca del Cielo vive
y el homenaje recibe
del primer beso del día?

Yo soy valle; tú, quizás,
sierra de cumbres gigantes...
Por ser tan desemejantes,
debemos amarnos más.

Dios te da primero a ti
la luz, que es savia y consuelo...
¡Recíbela tú del Cielo
para reflejarla en mí!



NOCHE DE LUNA

O H, noche campesina
en que el viento se duerme sobre el trigo;
noche clara, divina,
la dulce voz bendigo
con que habla al triste tu silencio amigo!

Yo me acojo a tu seno,
huyendo de las luchas de la Vida,
como al lago sereno
do no tienen cabida
las olas de la Mar embravecida.

Quiere el alma cuitada
saciar su sed de paz abrasadora
en tu fuente sagrada,
y el corazón que llora
sumergirse en tu calma bienhechora.

Del estrellado Cielo

bajar parece misterioso encanto
que en goce trueca el duelo;
sobre el dolor y el llanto
tiende el olvido su piadoso manto.

Rendido y silencioso

todo yace doquier; nada quebranta
de la Tierra el reposo:
ni un rumor se levanta,
ni el viento gime, ni el arroyo canta.

Tal vez vertió beleño

su mano suave al apoyar propicia
sobre la Tierra el Sueño,
y el Mundo, con delicia,
durmióse como un niño a la caricia.

Desde el confín lejano

se hace a tu luz más bello cuanto existe,
¡oh, noche de verano!
Por consolar al triste
todo de plata y de marfil se viste.

Todo ante la mirada
se impregna de blancura transparente,
divina, inmaculada,
y ese blancor riente
tiene en la altura su tranquila fuente.

La Luna candorosa,
tibio foco de pálidos fulgores;
la confidente hermosa
de dichas y dolores,
de esperanzas, de sueños y de amores.

Piadosísimo faro
que derramas el goce y la alegría,
sol de la noche claro,
tu inefable poesía
te hace más dulce al alma que el del día.

¿Eres fulgente estrella
prendida en ese azul terso y profundo,
o eres lágrima bella
que con amor fecundo
Dios derramó sobre el dolor del Mundo?

¡Qué importa! Perla o llanto,
mientras tu clara lumbre bendecida
vierte su fuego santo,
se suspende la vida,
se van las penas y el dolor se olvida.

No huyas del lado mío;
que yo beba tu paz y tus blancuras,
tibia noche de estío,
y al menos mientras duras
llévate el Mal y truécalo en venturas.

POR FUERA Y POR DENTRO

CUIDAS bien de tu belleza,
y puedes asegurar
que no es fácil encontrar
quien te gane en gentileza.

Si el Sol su rayo más bello
partiese en hebras un día,
celos tal vez sentiría
del oro de tu cabello;

y si tu frente serena
contemplase y fuese franca,
"Junto a ti yo no soy blanca",
te diría la azucena.

Rival del junco del valle
por tu esmero inteligente,
se cimbreo airoosamente,
preso entre gasas, tu talle;

y dice quien ver procura
tu pie, que la falda enseña:
“¿Cómo base tan pequeña
sostiene tanta hermosura?”

Tu mano, cuidada y breve,
surgió tal vez tan hermosa
de la lucha de una rosa
con su enemiga la nieve;

pero la antigua rencilla
terminó en paz noble y santa:
la nieve se hizo garganta;
la rosa se hizo mejilla.

No hay perfección que negarte
pueda quien pasa a tu lado:
si alguna Dios no te ha dado,
la suplió pródigo el arte.

Por eso me da dolor,
y advertírtelo es prudente,
que no cuides igualmente
de tu hermosura interior.

¿Quieres seguir un consejo,
si de mí no desconfías?
Pues oye: todos los días
mírate el alma al espejo.

Busca en ella con paciencia
del candor el velo santo,
de la pureza el encanto,
la gracia de la inocencia;

busca el valor de sufrir,
no el anhelo de brillar;
busca la dicha de amar,
no la ambición de subir.

De tu belleza el tesoro
por mostrar no menoscabas,
que ha de estar bajo cien llaves
para estar seguro el oro.

Si causar admiración
es tu deseo constante,
al par que de tu semblante,
cuida de tu corazón;

pues que no ligan encuentro,
en mujer tan hechicera,
tanto cuidado por fuera,
tanto descuido por dentro.

De tu empeño la porfia
pon en limpiar de una vez
tu corazón de doblez,
de vanidad, de falsía...

No bastan joyas ni seda
a quien triunfos busca avara.
Lávale al alma la cara...
¡Verás qué hermosa se queda!

LO QUE DICE EL POETA

QUIERO vivir! La vida es hermosura.
¿Cómo hay quien tiemble ante el rigor del hado
mientras haya en la Tierra la ventura
de amar y ser amado?

El Mundo es senda llana y florecida,
y en ella, entre esperanzas y placeres,
el himno del Amor y de la Vida
cantan cosas y seres.

Todo se inclina ante el poder del Hombre;
para él se hicieron astros y pensiles;
yo soy... —No me lo digas; sé tu nombre:
te llamas Quince Abriles.

—¡Juventud! ¡Juventud! ¡Cuánta porfía
pone en soñar tu quebradizo empeño,
para ver desplomarse al otro día
la torre del ensueño!

Los goces se nos van de entre las manos;
las espinas se ocultan entre flores;
todo es llanto y dolor; son nombres vanos
dichas, triunfos, amores...

Del Mal se poda el árbol floreciente
y vuelven a nacer nuevos retoños:
yo soy... —Uno que baja la pendiente
de los cincuenta otoños.

—Nadie se mira de otro en el espejo,
porque el cristal, al contemplarse, empañan:
infancia y madurez, joven y viejo,
de igual modo se engañan.

No son amargos siempre los deberes,
ni siempre duran del sufrir las horas...
¿Acaso por haber anoheceres
deja de haber auroras?

Ni el placer ni el dolor, nada es eterno;
tras de la tempestad, del sol el rayo:
en los cierzos y nieves del invierno
cuaja sus flores mayo.

Constante en la inconstancia el pecho mío,
todos vienen a mí, todos me imploran:
no tengo edad; con los que ríen, río;
lloro con los que lloran.

Hoy el vencido compasión me inspira;
antes me subyugó la gloria humana;
ayer fui maldición ardiendo en ira;
burla seré mañana.

Entre los ricos y los pobres moro,
y mientras ante mí ruedan los días,
yo voy ligando con cadena de oro
dolores y alegrías.

Mis impresiones pasan como el humo,
pero dejan tras sí dicha secreta:
yo soy... —Por tus palabras lo presumo;
no lo digas...: ¡poeta!



EL SOL DE MADRID

DERRAMA su alegre rayo,
venturoso y placentero,
un sol que, aun siendo de enero,
tiene tibiezas de mayo,

y el pueblo, con él por guía,
su ola en las calles desata...
Vendiéndose tan barata,
no hay quien no compre alegría.

¿Adónde va ese tropel
castizamente español?
A ver a su amigo el Sol
y a estar de charla con él,

porque, en un día risueño,
tomarlo, sin hacer nada,
es la obligación sagrada
de todo buen madrileño.

El ir de su luz en pos
ocasión brinda de holgar;
á veces el trabajar
es casi ofender á Dios,

que del Hombre para agrado
hizo tan hermoso el día,
y tal vez se ofendería
si lo viese despreciado.

En los hermosos y puros,
ninguna labor encaja;
si en los claros se trabaja,
¿qué les queda á los oscuros?

No es astucia ni es ardid
de la pereza importuna;
es que no hay en parte alguna
un sol como el de Madrid.

Sol sin rival, sin hermano,
que, bromista sempiterno,
por burlarse del invierno
lo disfraza de verano;

sol que, al salir, rubicundo,
calor vertiendo y ventura,
decir parece en la altura:
"¡A la calle todo el mundo!

"Mi luz tiene tanto brío
para que a su resplandor
pueda admirarse mejor
el garbo del mujerío.

"Mirados a mis destellos,
que ciegan por luminosos,
no hay más que talles airosos,
ojos vivos, rostros bellos;

"pues ser siempre he demostrado
un sol, acaso inconstante,
pero asequible, galante,
decidor y enamorado."

Tal vez en sus luces puras,
que a tantos hacen felices,
se encontraran las raíces
de las patrias desventuras,

pero a la par tiene en él,
no siempre esquivo y ligero,
el alma de un pueblo entero
crisol, espejo y troquel.

Cierto que incita a gozar,
a aturdirse y a reír,
que no le pide al vivir
más dicha que la de holgar,

mas, ¿quién no pone en la cuenta
de su savia noble y rica
lo que su luz vivifica
y hace amar y... hasta alimenta?

Ella forma aventureros,
sabios, artistas, soldados,
analfabetos, letrados,
parásitos y chisperos;

y a su brillante fulgor
se hace más hondo el placer,
y más bella la mujer,
y la existencia mejor;

pues repartiendo a su modo
cuanto la ambición ansía,
salud, riqueza, alegría...,
el Sol lo da todo, ¡todo!

Junto a Cervantes y al Cid
y a cuanto el triunfo acompaña,
blasón y orgullo de España,
se cuenta el Sol de Madrid.



¡VENDRÁ!

QUÉ es lo que buscas, niña,
con tanto anhelo
cuando tras los cristales
miras al Cielo?
¿Qué es lo que esperas?
¿Qué le pides al mundo
de las quimeras?

Al mirar hacia arriba
tal vez te ofuscas,
porque no está tan alto
lo que tú buscas...
Y a fe que yerra
quien cuando mira al Cielo
piensa en la Tierra.

Esos encantadores
ojos gentiles
a que se asoma un alma
de quince abriles,
son indiscretos
y aún no saben—¡los pobres!—
guardar secretos.

Dicen con sus miradas
angelicales
lo que ver se figuran
tras los cristales.
Yo mismo creo
que en ellos reflejado
también lo veo.

Es algo luminoso
que avanza..., avanza...,
viniendo de los reinos
de la Esperanza...
Fulgor de aurora...
¡Es el Amor que llega,
porque es su hora!

Llega bajo el encanto
de un espejismo,
que es siempre tan hermoso
y es siempre el mismo.
Bien tanpreciado,
¿para quién, si fué niña,
no habrá llegado?

¿Quién no vió a ese mancebo,
bello y valiente,
de empenachado casco
resplandeciente,
noble, risueño...?
¿Quién no vió forma humana
tomar al Sueño?

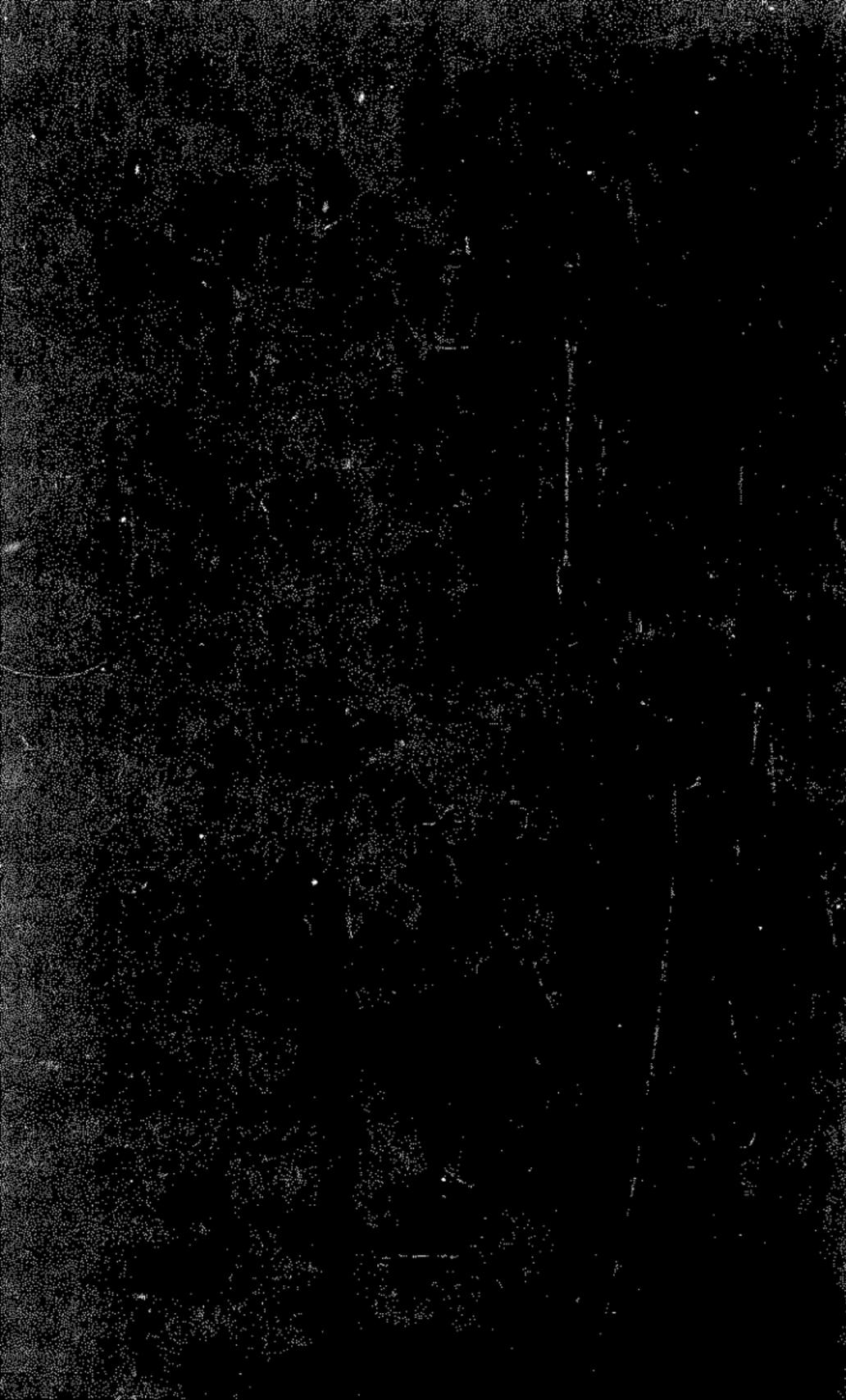
Tu galán es el mismo
—¡quién lo diría!—
que tus abuelas vieron
llegar un día...
¡Tal vez, inquietas,
lo verán igualmente
llegar tus nietas!

Porque, tarde o temprano,
rápido o lento,
para todas las almas
llega un momento.
Cosa es sabida
que ese momento llena
toda la vida.

Corre, corre al encuentro,
pues que lo esperas,
de ese galán que evocas
en tus quimeras;
su aliento bebe,
mira que tu ventura
será muy breve.

Del mundo en la jornada,
dura y traidora,
¿quién fué nunca dichoso
más de una hora?
La de esta cita
será de tu existencia
la hora bendita.

Mentí. Sigan tus ojos
angelicales
mirando hacia la altura
tras los cristales.
Justo es tu anhelo...
Lo que estás esperando
viene del Cielo.



A UNA MADRE JOVEN

Tú, la niña ayer nacida;
tú, la flor a medio abrir;
tú, en madre ya convertida...
¡Aún no empezaste a vivir
y ya has partido tu vida!

¡Aún de la infancia dichosa
casi duermes al arrullo
y ya misión tan penosa!...
¡Aún el capullo no es rosa
y ya tiene otro capullo!...

Yo no sé lo que sentí
cuando en tus brazos miré
a ese ángel, digno de ti;
me dió tristeza y... reí;
quise alegrarme y... lloré.

Era un grupo encantador,
era una visión soñada,
un juguete seductor
que hizo la mano de un hada
por encargo del Amor.

El capricho escultural
que al mármol en carne trueca
con un beso maternal...
¡Una muñeca ideal
en brazos de otra muñeca!

Tu contagiosa alegría
me esforzaba en compartir...
¡Y tras ti, mientras reía,
surgir siniestra veía
la sombra del porvenir!

Del tiempo el raudo correr
su huella triste y odiosa
señalaba por doquier,
y aquella muñeca hermosa
se iba trocando en mujer...

Pensaba verla crecida,
por el dolor transformada,
por el desengaño herida...
¡Pobre azucena tronchada
por el viento de la vida!...

¡Es una horrible sentencia
que la maternal ternura
no detenga la existencia;
que el mundo ponga amargura
donde Dios puso inocencia!...

¡Madre, no dejes crecer
a ese fruto de tu amor!...
¡No te hagas dolor, placer!...
¡Capullo, no te hagas flor!...
¡Niña, no te hagas mujer!...

Feliz será tu destino
mientras duren esos lazos...
Para al Tiempo en tu camino;
conserva siempre en tus brazos
ese juguete divino...

Guarda sus alas del lodo
y haz que siempre lo sujete
tu cariño de igual modo...
¡ Sólo mientras es juguete
un hijo es hijo del todo!

EL ABUELO

IBA el pobre viejo,
con la azada al hombro,
por la estrecha senda,
cabizbajo y solo.
Vacilante el paso,
marfileño el rostro,
blancos los cabellos,
sin brillo los ojos,
marchaba, arrastrando
sus ochenta otoños,
fatigado y triste,
con andar penoso...

De la alta montaña
los picos remotos
con regios festones
bordábanse de oro.

El Sol ocultaba
tras ellos su globo,
tiñendo las nubes
de cárdeno y rojo.
Del ancho celaje
los vagos contornos
fingían castillos,
fantasmas y monstruos...
La sombra subía
del valle brumoso
borrando heredades,
linderos y sotos,
mientras la campana
del convento próximo
llamaba a oraciones
con ritmo sonoro.
Su voz parecía,
del campo en el fondo,
al par que saludo,
plegaria y sollozo.

Por fin de la aldea,
detrás de unos olmos,
los techos pajizos
asoman de pronto,
y el viejo encamina
su andar perezoso

hacia una vivienda
sumida en un hoyo...

.....

Palacio del pobre,
cabaña de troncos,
¿por qué sólo inspiras
tristeza o enojo?
La paz de tu asilo
no turban los odios;
¿qué más, para serlo,
reclama el dichoso?
¿No llama al que llega
la piedra del poyo?
La sopa humeante
¿no hierve al rescoldo?
¿La sed no mitiga
del cántaro roto
el agua que llena
clemente el arroyo?
El lecho en el suelo
¿no ofrece piadoso
descanso y olvido
en dulce consorcio?
El Sueño, cansado
de afanes y enconos,
dejó las ciudades
y huyó de los solios.

Queriendo un refugio,
tranquilo ante todo,
buscó por albergue
las pajas del chozo.

Sin duda al abuelo
la edad le hizo otro,
pues vuelve a la casa
con paso tan flojo.
¿Será que la lucha
por viejo rindiólo?
¡La siega es tan larga!...
¡Tan fuerte el bochorno!...

No, no; todavía
parece brioso,
y aún es, por lo duro,
su brazo de plomo.
Vuelve el pobre viejo
con semblante torvo
porque de una ausente
llora el abandono;
porque ya en la choza,
de su vida foco,
no espera la abuela
su alegre retorno.

Cuando por las tardes
llama, mudo y hosco,
no escucha sus pasos
correr presurosos.
Entra en la cabaña;
la buscan sus ojos...
¡Y siente una pena
de verse tan solo!...
La cena, que nunca
para él supo a poco,
no anuncia el fragante
caldero redondo,
ni allá, en la mesita,
del hogar en torno,
un mantel muy blanco
y un plato muy tosco.
El cántaro amigo,
antes siempre pródigo,
ya no guarda nunca
su fresco tesoro.
Gruñe el noble perro
con gruñido ronco,
porque no olfatea
su festín sabroso.
Preguntar parecen
por la abuela a coro
la silla de paja

donde hilaba el copo,
y el vestido negro,
cubierto de polvo,
y aquel pañolillo
de su cuello adorno,
y el lecho..., ¡aquel lecho
que él compró de novio,
con su alegre colcha
de claveles rojos!...
¡El lecho que guarda
recuerdos tan hondos,
duro como el hierro,
limpio como el oro!...

¡Fueron muchos años
de ser venturosos!...
¡Más de medio siglo,
un día tras otro!...
Primero los tiempos
de mayo, remotos,
cuando ella era joven,
cuando él era mozo...
Después, cuando vieron
colmados sus votos
y aquel amor sano
dió frutos sabrosos;

cuando unos pequeños,
morenos, rechonchos,
su vida llenaban
de luz y de gozo.
Más tarde, los días
de octubre, ya cortos,
cuando se hace arbusto
lo que fué retoño;
cuando los polluelos,
a la madre sordos,
buscan otro nido,
desdeñando el propio;
cuando los ingratos
se casaron todos,
y Abuelo y Abuela
quedáronse solos.
Llególes su invierno...
¡Su invierno dichoso!...
¡Que hay sol en diciembre
que envidia el de agosto!
Bastaba al Abuelo
—¿verdad que era poco?—
con ser de su vieja
compañía y apoyo;
con sentir sus pasos
al llegar al chozo
y encontrar dispuesto

su banquete sobrio;
con las largas noches
de blandos coloquios,
él, sentado al fuego;
ella, hilando el copo...

Para él ya la vida
no es más que un estorbo;
¿por qué la defiende
con tesón heroico?
¿Por qué, tras sus noches
de angustia y de insomnio,
vuelve a echarse al campo
con la azada al hombro?
¿Para quién trabaja?
¿Quién guarda el ahorro?

Le arrastra un oculto
poder misterioso...
¡La tierra es su amiga!
De su alma en el fondo
dos grandes amores
tuvieron su trono:
la esposa, a quien quiso
como ángel custodio;

la tierra, que siempre
labró vigoroso.

Y hoy ambos cariños
se han hecho uno solo,
pues la una de la otra
guardó los despojos.

Su esposa en la tierra
cayó sobre un hoyo;
la tierra bendita
piadosa cubriólo...

Vuelve, vuelve al surco,
luchador anónimo;
vuelve, aunque te pesen
tus ochenta otoños.

Tu vida es del campo...

Sus últimos soplos
exhala teniendo

por lecho el rastrojo.

¡Cava, viejo, cava!...

Cuando en junio próximo
siegues las espigas

con tu hierro corvo,

pensando en la Abuela,

los haces redondos

te sabrán a besos

al rozar tu rostro...

¡Besos que la tierra,
donde halló reposo,
por ella te envía
con espigas de oro!
Cava, viejo, cava;
y oye con asombro
lo que el hierro dice
con sus golpes sordos,
y contesta un eco
muy hondo, muy hondo...
El pico parece
que dice: "Voy pronto";
la tierra contesta:
"No tardes, esposo."

PSICOLOGIA Y ZOOLOGIA

DIME la verdad, lector:
¿viste nada más risueño,
más vivo, más seductor,
nada tan encantador
como un animal pequeño?

¿A quién no encanta mirar
a un gato chico que enreda?
Yo gozo al verlo jugar
y dar brincos y enarcar
su airoso cuerpo de seda.

¿Y el polluelo? ¿Puede haber
cosa más bella, más fina?
¿Hay quien no sienta placer
viendo a los pollos correr
persiguiendo a la gallina?

¿Y el becerro? ¿Dónde hay nada
más alegre que un becerro,
y a quién mirarlo no agrada?
¿Y el potrillo en la yeguada?
¿Y el corderillo? ¿Y el perro?

Tiene, ya feo, ya hermoso,
todo animal, cuando es chico,
un encanto misterioso...
¿No es ágil, listo, gracioso,
de joven... hasta el borrico?

Por idéntica razón
tiene la niñez lozana
para todos atracción,
que no iba la especie humana
a ser la sola excepción.

¿Quién, del niño en la presencia,
ante la rosada lumbre
del albor de una existencia,
no bebe la dulcedumbre
que destila la inocencia?

Tiene el niño un no sé qué
de inefable, de extrahumano...
¡Aún recuerda lo que fué!
¡Aún el Cielo está cercano!
¡Aún al hombre no se ve!

Pues si es bello cuanto empieza,
¿por qué siente el alma mía,
sin duda con ligereza,
viendo a un perrillo alegría
y viendo a un niño tristeza?

¡Ay! Al mirar adelante
y el porvenir al sondar
tras el espacio distante,
me hace el perrillo pensar
en lo fiel, en lo constante;

mientras que de la niñez
viendo tras la faz de armiño
del hombre la madurez,
surgir miro en pos del niño
la falsía y la doblez.

Y en la idea a que me aferro
les digo, del Bien en nombre,
seguro de que no yerro:

—¡Qué mal haces en ser hombre!
¡Qué bien haces en ser perro!

la noble cabellera
del viejo Mulhacén.

Yo quiero saturarme
de luz y de alegría
mirándome en tu Cielo,
bañándome en tu Sol;
beber en tus leyendas
hazañas y poesía;
sentirme, en tu abolengo
formando mi hidalguía,
por moro y por cristiano,
dos veces español.

Yo quiero de Alhamares,
al par que de Isabeles,
cantando las empresas
postrarme ante los pies;
sentir entre clarines
relinchos de corceles,
y ver frente a los blancos
morunos alquiceles
las cotas castellanicas
de acero milanés.

Yo quiero imaginarme
que atrás el tiempo vuela,
y miro en tu campiña,
dorada por la luz,
el ancho campamento
del valle centinela,
y arriba, coronando
la torre de la Vela,
surgir sobre Granada
los brazos de una Cruz.

La Cruz que era la Patria,
la Patria que nacía,
forjada sobre el yunque
tras largo golpear;
la Cruz en la que España
completa aparecía,
envuelta por un rayo
del sol de Andalucía
sellando en las almenas
el triunfo secular.

Venid, recuerdos puros
de gloria y de proeza,

EN EL ALBUM DE MATILDE MORENO

HAY mucha gente, mucha—tal lo creo—,
que veo a todas horas, si se ofrece,
y mientras más la veo,
que menos la conozco me parece.
A ti (no pienses que esto es adularte)
te vi sólo una vez; no se me olvida;
apenas tuve tiempo ni de hablarte...
y pienso que te vi toda mi vida.
¿La razón?... Que los hados,
por oculto designio inescrutable,
hace a muchos nacer para *olvidados*
y a ti te hizo nacer *inolvidable*.

LO PEQUEÑO

CUANDO miro embelesado,
de mayo en las noches bellas,
el cielo de astros cuajado,
tapiz por Dios recamado
de luceros y de estrellas,

aunque el alma se extasia
de admiración y placer,
pienso con terca porfia
que aún puede el Cielo tener
más belleza, más poesía...

Cuando inaccesible y fiera,
con ancho crespón de plata
que a lo lejos reverbera,
a mi vista se dilata
la gigante cordillera,

aunque admire del paraje
las soberbias perspectivas,
me imagino otro paisaje
de una sierra más salvaje
y unas cumbres más altivas.

Si del Mar salobre y frío
miro la anchura imponente,
sueño—tal vez desvarío—
con un mar más transparente,
o más hondo, o más bravío...

La grandeza y su esplendor
ligan mal con mi deseo,
pues, como buen soñador,
siempre que algo grande veo
yo me lo finjo mayor.

¿Es que no puedo admirar?
—digo a veces con tristeza—;
¿es que por ley singular
mi alma no puede apreciar
plenamente la Belleza?

Cierta vez que así me hablaba,
presa de amargas congojas,
mientras sin rumbo vagaba,
vi que en un árbol sin hojas
un tierno brote apuntaba;

y aquel humilde botón,
que al beso del Sol se abría,
dió por fin al corazón
la anhelada sensación
de plenitud de poesía.

Lo que en el Cielo extendido
y en el Mar que airado brama
busqué, en vano, enardecido,
me lo dió un brote nacido
en la punta de una rama.

La yema, pronta a romper,
me hablaba, al árbol prendida,
de un próximo florecer...
Era la vida..., ¡la vida
que pugnaba por nacer!

Porque el botón diminuto,
que lentamente se hinchaba
rindiendo a marzo tributo,
promesa y germen, guardaba
verdor, sombra, flores, fruto...

Más digno de admiración
que el Mar, y el Cielo, y la Tierra,
cuanto encierra la Creación,
es pensar en lo que encierra
la pequeñez de un botón.

Busquen otros con empeño
grandezas de polo a polo;
yo las huyo y las desdeño:
si amo lo grande, es tan sólo
porque hace amar lo pequeño.

LA CUMBRE Y EL VALLE

Yo soy la Cumbre, de Dios vecina,
donde las nubes fingen arder;
la que el Sol roza cuando declina,
la que la aurora besa al nacer.

—Yo soy el Valle, mudo y cerrado
que al pie del Monte vive feliz,
por los arroyos serpenteado,
de los trigales sobre el tapiz.

—Nunca me hollaron seres vivientes;
sobre mis picos se abre el volcán,
y entre el rugido de los torrentes
canta mis glorias el huracán.

—Mi hermosa calma turbar no sabe
la voz airada del aquilón,
sino el acento solemne y grave
de la campana de la oración.

—Me cubren nieves inmaculadas;
mi frente al Cielo tocando ves;
mi cabellera son las cascadas;
cuando la suelto llega a mis pies.

—No me amenes con tus rigores;
vida y no muerte bebo yo en ti;
tu misma nieve convierto en flores
cuando su riego llega hasta mí.

—Yo soy lo altivo, lo poderoso,
lo que se eleva con majestad...
—Yo soy lo humilde, lo que es dichoso
porque lo oculta la obscuridad.

—En mí retumba la voz del trueno;
me alzo soberbia bañada en luz.
—En mí, si el Hombre duerme en mi seno,
no se alza nada... más que una cruz.

ILUSION OPTICA

LA dura cuesta al bajar,
que bajan todos los seres
el medio siglo al llegar,
me producen las mujeres
un efecto singular.

Es algo jamás oído,
de una absurda inconsistencia;
algo hasta hoy desconocido;
es más que un contrasentido,
porque es casi una demencia.

Miro un rostro encantador,
donde, por bello y gentil
pusieron a su sabor
todas sus gracias Amor,
todas sus flores abril,

y pienso que su tersura
pierde de pronto la tez,
que el rostro se transfigura,
convirtiéndose en vejez
la juvenil hermosura.

En cambio, cuando abatida
surge a mi vista una anciana
cuya faz descolorida
lleva la huella inhumana
del ocaso de la vida,

mi ilusión, en un instante,
en frescos capullos trueca
los surcos de su semblante,
y la rosa mustia y seca
vuelve a ser rosa fragante.

¿Qué fuerza, qué yugo odioso,
tirano de mi deseo,
como castigo espantoso,
me hace ver lo hermoso feo
y a la vez lo feo hermoso?

De lo mucho que viví,
tal vez son signos traidores;
fueron tantos, ¡ay de mí!,
los rostros encantadores
que apergaminarse vi,

que uno nuevo al contemplar,
la experiencia del pasado
se anticipa sin pensar,
creyendo que ya ha llegado
lo que al fin ha de llegar.

Por el contrario, al correr
de la vida la jornada,
me han hecho los años ver
triste, marchita, arrugada,
tanta belleza de ayer,

que hasta una vieja achacosa
hace en la memoria mía
surgir tras su faz rugosa
la clara visión del día
en que triunfó por hermosa.

De esa ilusión arraigada
la imaginación cautiva,
da un poder a la mirada
que aja la flor fresca y viva
y a avivar vuelve la ajada.

Por eso si, frente a frente,
de una anciana el rostro amigo
surge ante mí de repente,
mirándola dulcemente:
“Tú fuiste joven”, me digo;

mientras que si una hermosura
que núbil gracia refleja
se me muestra blanca y pura,
con invencible amargura
me digo: “Tú serás vieja.”

A UNA PORTEÑA

CON esa cara trigueña
y ese modo de mirar,
¿cómo me quieres probar,
Susana, que eres porteña?

Sólo en los vivos chispazos
del sol de fuego andaluz
pudieron beber su luz
tus deslumbrantes ojazos.

Y como, sin fatuidad,
a andaluz nadie me gana,
te declaro sevillana
por mi propia autoridad.

No hay más tierra que la mía
que a tales ojos se atreva:
si América se los lleva,
¿qué va a ser de Andalucía?

LA CANCION DE LA ESPIGA

CUANDO Castilla-Madre duerme su siesta,
bajo un Sol cuyo fuego calcina y tuesta,
a lo largo del surco, con voz amiga,
así, por el verano, canta la Espiga:

“Yo no brindo frescura ni presto sombra;
dosel es la arboleda, yo soy alfombra.
Sus ramas las encinas alzan al Cielo;
los humildes vivimos cerca del suelo;
pero, aunque en apariencia soy la vencida,
sobre mi frágil tallo llevo la Vida.
Juguetones los vientos rizan mis olas;
de púrpura me tiñen las amapolas;
y ya verde, ya rubia, siempre tesoro,
de ser dejo esmeralda para ser oro.
Cuando asomo en la tierra por valle o loma,

del mundo la esperanza conmigo asoma;
crezco, y en los hogares, del hombre abrigo,
la paz y la ventura crecen conmigo,
y hago, al fin, realidades de las quimeras
al llenar de gavillas las anchas eras.

Eras donde en las claras noches de estío
sobre el sueño sus perlas vierte el rocío,
cuando el gañán, buscando más alto techo,
hace del blando trigo mullido lecho.

En el fresco y crujiente colchón de grano,
con sus años de mozo sueña el anciano;
con ocultas riquezas el avariento;

la madre, con que el hijo tendrá sustento;
el pobre, con cercanos días mejores;

la moza, con el premio de sus amores,
pues cuando las paneras se llenan todas
es año de alegría... y año de bodas.

Oh, noche de las eras, bella y templada,
por el noble trabajo santificada;

¡qué alegres son tus bailes y tus canciones,
henchidos de promesas y de ilusiones!

¡Qué dulce es tu reposo, tan bien ganado
por los que con su esfuerzo duro y honrado,
después que de la Tierra sacan el germen,
sobre él y bajo el Cielo tranquilos duermen...!

Y soy yo quien de todos la sed mitiga;
yo, la planta más débil, la pobre Espiga;

la que ni hiende el aire ni se alza al Cielo;
la que crece, rastrera, cerca del suelo...
Por eso soy la Vida. La Madre-Tierra
la produce piadosa y en mí la encierra..."

Cantaba así la Espiga con dulce acento,
cuando sobre su tallo la dobló el viento;
pero pronto, doblada mas no caída,
volvió a erguirse cantando: "¡Yo soy la Vida!"

EL MANIQUI

PASABA y me descubrí
—tal era su gallardía—,
pero al pasar no advertí
que ante quien me descubría
era ante un gran maniquí.

Con los ojos deslumbrados
por las cruces y la faja,
las plumas y los bordados,
por ver cintas y dorados
no vi el armazón de paja;

y sin parar la atención,
por el prestigio secreto
que tiene la ostentación,
sentí respeto... ¡respeto
ante un tosco figurón!

Risa me dió de pensar
que me pude confundir;
mas luego, al reflexionar,
en vez de echarme a reír,
por poco me echo a llorar.

Me advirtió el instinto fiel
que, aunque lo tomase a chanza,
no era un simple error aquél:
era toda una enseñanza
desgarradora y cruel.

Era la dura advertencia,
contra el necio orgullo vano,
de la terrible frecuencia
con que engaña al juicio humano
la mentirosa apariencia.

Pasa el hombre indiferente,
con corazón duro y seco,
donde alza el genio la frente...
y saluda reverente
al pasar ante el muñeco.

Juzgapreciado tesoro
cuanto brillar ve ante sí
con vivo estruendo sonoro,
sin ver debajo del oro
la paja del maniquí.

No es lo que fuerza respira,
lo genial ni lo bizarro,
lo que respeto le inspira:
es... el ídolo de barro
lo que busca y lo que admira.

Verdad que está descubierta,
que de ese juicio el ardid
tiene un prestigio tan cierto,
que por él ganaba el Cid
batallas después de muerto;

pues para causar pavora
en la morisma cruel,
que bastaba se asegura
con poner una armadura
cabalgando en su corcel.

Mas, ¡ay!, que en tal maravilla
de nuevo no hay que pensar:
ya por tierras de Castilla
no queda ni la semilla
de Rodrigo de Vivar,

y, en cambio, es cosa probada
que en las serenas alturas
de la gloria inmaculada
quedan muchas armaduras...
que no llevan dentro nada.

LA PILARICA

Tú eres siempre la misma, Reina y Señora;
la que á Dios, como Madre, meció en la cuna;
la que tiende los brazos hacia el que llora;
la que entre blancas nubes nimba la aurora
y entre estrellas y soles calza la luna.

Tú eres siempre el refugio de la tristeza:
la que destila mieles; la que al Bien guía;
la encarnación más pura de la pureza;
el foco del que irradia toda belleza;
la fuente de que brota toda poesía.

Pero aunque en todas partes tu frente baña
la misma refulgente viva aureola,
la celestial dulzura que te acompaña
en ninguna es tan bella como en España,
porque tienes a orgullo ser española.

Acaso es la rudeza de nuestro suelo
la que a esta tierra noble tu afecto explica;
debe causarte gozo, más que recelo,
ver que, en vez de llamarte Reina del Cielo,
se te llama por todos "la Pilarica".

Cuando ese tosco nombre que usa la gente
llegue al pie de tu trono de oro y armiño,
se tachará por muchos de irreverente;
a Ti, que la conoces, seguramente
no ha de sonarte a ultraje, sino a cariño.

Al cariño de un pueblo de luchadores
que, enemigo de farsas, ama a su modo,
dando la vida entera por sus amores...
Para eso, los más rudos son los mejores;
¡son los que, cuando quieren, quieren del todo!

Del pueblo que, sencillo, de Ti se ufana,
no te enoja el honrado desabrimiento;
para él no eres la Virgen, sino la hermana.
Ya te nombró hace tiempo su Capitana,
y Tú no rechazaste su nombramiento.

Por haberlo aceptado, quiso la suerte
que llenara su hazaña la Historia entera,
quedando por espejo del pueblo fuerte...
¡ Con tu nombre en la boca corrió a la muerte
y un jirón de tu manto fué su bandera!

Cuando el alma baturra tiende su vuelo,
después que en este mundo se purifica,
de dicha más perfecta con el anhelo,
dicen que siempre exclama, llamando al Cielo:
“¿No es aquí donde vive la Pilarica?”

Y añaden que es costumbre ya consagrada
que jamás la respuesta sufra retraso,
porque al golpe amistoso de la llamada
contesta una voz pura, de oro timbrada:
“Son mis aragoneses... ¡Dejadles paso!”

Y sintiéndose de ellos compatriota,
orden la Capitana da a sus clarines,
y una jota vibrante, clásica, brota...
¡ Y que no será dulce la alegre jota
que canten en el Cielo los querubines!



FABULILLA

LA pendiente de un collado
subía el pobre Rosendo
por el surco que iba abriendo
con el hierro del arado,

y de este modo decía,
en tanto que desgarraba
el terruño, que pensaba
que a su dolor respondía:

—Pocos goces, muchas penas,
labor dura a cielo raso;
el pan, como siempre, escaso,
y los hijos por docenas...

En verdad que los mortales
que de este modo vivimos,
envidia a veces sentimos
de los mismos animales.

Así hablaba el infeliz
cuando vió que, cuesta arriba,
por entre los surcos iba
corriendo una codorniz,

y cuando la distinguió,
mirándola triste y fijo,
—Hasta ese pájaro—dijo—
es más dichoso que yo.

Tiene su nido de paja,
en sus pollos se recrea,
canta cuando lo desea,
come, juega y no trabaja.

Cuanto tiene vida y nombre
consuelo encuentra o placeres,
menos de todos los seres
el más desdichado, el Hombre.

Pensaba así sin reparo,
cuando en la cumbre del cerro,
asomó de pronto un perro,
sonó después un disparo,

y la codorniz, herida,
el vuelo intentando alzar,
hizo un esfuerzo... y fué a dar
junto a Rosendo sin vida.

Pero al caer, con dolor,
dijo en el último pío:
—Oiga usted, amigo mío,
el Hombre, ¿no es cazador?



AMANECER

CAMPOS ayer gloriosos
y ahora infecundos;
solar de vieja raza
de caballeros;
llanuras de Castilla,
madre de Mundos...,
pasad por los cristales,
pasad ligeros.

Deja que el viento azote
tu crin que humea,
monstruo en cuyas entrañas
la fuerza mora;
retuerce tus anillos,
silba y jadea,
pero aviva la marcha,
locomotora.

Allá, tras esa cumbre
tornasolada
donde sus claros ojos
va abriendo el día,
término perseguido
de mi jornada,
me espera lo que busco,
¡mi Andalucía!

Luego, cuando las lindes
de este camino
con palmeras se borden
y naranjales,
será el Sol de mi tierra,
¡mi Sol divino!,
quien llame con sus luces
a estos cristales.

Rompan la espesa sombra
tus rayos rojos,
Sol de mi Andalucía,
Sol deslumbrante,
y esta bendita tierra
muestra a mis ojos,
que adoro con cariño
de hijo y de amante.

De esas dos afecciones
santas y puras
tiene la que me inspiras,
tierra sagrada;
madre, cuando en tus brazos
bebo dulzuras;
cuando siento tu fuego,
¡mi eterna amada!

Corre, locomotora,
silba y jadea;
retuerce tus anillos,
monstruo de fuego,
que ese fulgor del día
que ya alborea,
incendio será pronto
que deje ciego.

Pronto, por altozanos,
valles y lomas,
de la aurora naciente
los rayos fríos,
dejarán ver doquiera,
como palomas,
salpicados los campos
de caseríos.

Pronto del claro Betis
por la ribera,
de fragante sudario
todo cubierto
—adorable nevada
de primavera—,
darán los azahares
su alfombra al huerto.

Pronto los encalados
pueblos de plata
surgirán bajo un cielo
de oro y de rosa,
y con fuertes crujidos
irá la bata
diciendo por las calles:
“¡Paso a una hermosa!”

Pronto tras de Granada
vendrá Sevilla,
los crócalos alegres
y las canciones,
y brillará en las cañas
la manzanilla
y agitarán sus flecos
los pañolones.

Y sentiré el contacto
del alma mora
del pueblo al que la gracia
premia y engríe;
pueblo que no está triste
ni cuando llora,
porque al cantar sus penas
casi las ríe.

Corre, locomotora;
tu marcha excita;
corre de esta llanura
por la esmeralda;
¡que el Sol salga a mis ojos
tras la Mezquita,
para ponerse luego
tras la Giralda!

Corre, locomotora,
llega a la meta;
ya no debe estar lejos
mi Andalucía;
viene a pedirte asilo
tu hijo el Poeta...
¡Acógelo en tus brazos,
Madre Poesía!



EPITAFIO DE UN CABALLO

Aquí, bajo la piedra de esta fosa,
yace un noble corcel, gallardo y fuerte:
su vida fué fecunda y laboriosa
y es un justo deber honrar su muerte.

De joven fué valiente y decidido;
se hizo juicioso y manso al ser abuelo,
y era fiel, sobrio, bueno, agradecido...
¡Que les sirva a los hombres de modelo!

MONÓLOGO

POR la calle, junto a mí,
sin notar que yo le oía,
iba un hombre cierto día
monologuando así:

—¿Por qué destino fatal,
de la vida en el vaivén,
hay quien lo pasa tan bien
y yo lo paso tan mal?

Si me esfuerzo y si trabajo,
¿qué causa oculta motiva
que otros vayan hacia arriba
mientras yo voy hacia abajo?

Al repasar mi existencia
no hallo, ni por excepción,
una sola mala acción
que me pese en la conciencia.

Jamás destilé veneno
al juzgar a un semejante,
ni he sentido un solo instante
tristeza del bien ajeno.

No fui bajo por servir,
ni fui duro por mandar,
ni mentí para medrar,
ni me humillé por subir.

A los que pude empujé,
nadie celos me inspiró,
di siempre a quien me pidió
y si vi llorar lloré,

pensando con alma pura
y alzando al Cielo la frente
que es el obrar rectamente
lo que lleva a la ventura.

Pues si yo a nadie vendí
—siguió el hombre—, ¿por qué todos,
por estos o aquellos modos,
me han vendido siempre a mí?

Sólo obtuve malos tratos
de amistades y de amores,
y donde sembré favores
cogí cosecha de ingratos.

Me he partido el corazón
llorando penas ajenas,
mientras de mis propias penas
nadie tuvo compasión.

Medro alguno sin lograr
trabajé siempre con brío,
viendo a los que al lado mío
medraban sin trabajar.

Fueron los que más serví
los que más me persiguieron,
y los que más me ofendieron
los que más favorecí.

Nunca el motivo indagué
que me condujo a este estado.
¿Por qué soy tan desgraciado?
¿Por qué, Dios mío, por qué?

Yo, parándome de pronto
y sin contenerme ya,
le respondí: —¿No será
porque haya usted sido tonto?

NIETAS Y ABUELAS

LA abuela con su boca desdentada,
la nieta con sus labios de rubí,
bajo el verde festón de la enramada,
se iban hablando así:

—Abuelita, por Dios; tu auxilio espero;
que me salves te pido por favor;
quieren que olvide a Juan, y yo me muero
si me quitan su amor.

—Piensa que por tu bien te lo arrebatan;
que es por darte mayor felicidad;
nadie muere de amor: tan sólo matan
el reuma y la humedad.

—¿Tienes acaso corazón de roca?
Separarme de Juan es muy cruel.
—Yo también por un Juan estuve loca...,
y fui feliz sin él.

—A tu edad, el amor pasa y se olvida;
tú no sabes el golpe que me das.
—Yo sé mejor que tú lo que es la vida,
porque he vivido más.

—Pero es que yo le quiero con locura;
que soñar con su amor es mi placer.
—¿Y poniendo en un sueño tu ventura
dichosa quieres ser?

.....

Pasó el tiempo: la niña enamorada
del hombre que la quiso se alejó:
creyó morir al verse abandonada...,
pero no se murió.

Y avanzó de la vida hacia la meta,
y en abuela se vino a convertir,
y cierta tarde, hablando con su nieta,
oyéronlas decir:

—Por Juan, sólo por Juan mi pecho late;
si le pierdo me muero de dolor.

—Hija, ¿quieres callar? ¡Qué disparate!
Nadie muere de amor.

—La mujer que al amar da su alma entera,
quiere una vez no más, y yo la di.

—Lo mismo pensé yo la vez primera,
y luego... reincidí.

—A tu edad todo es triste, todo es grave:
el alma, con los años, se secó.

—¡A mi edad! ¡A mi edad...! A ella se sabe
lo que a la tuya no.

Y mirando a su nieta, que gemía,
la vieja murmuraba para sí:

—¡Pensar que yo a mi abuela le decía
lo mismo que ella a mí!

Y en sus brazos teniéndola sujeta,
repetía sin pena y con desdén:

—La vida es siempre igual: ella a su nieta
se lo dirá también.

EL TENTADERO

(AL CONDE DE SANTA COLOMA.)

VAYA luz, vaya alegría,
vaya gracia a manos llenas,
y vayan garbo y *hechuras*
y valor y gentileza!

.....

Bosque fingen las garrochas
—tantas son las que la pueblan—
que bordan de la llanura
la aterciopelada hierba;
tapiz al que apenas tocan,
porque, más que corren, vuelan,
las bien ensilladas jacas,

ágiles, fuertes, inquietas.
Allá, en el fondo, *el rodeo*
su viva mancha ver deja,
como cuadro luminoso
que un marco de picas cerca,
donde todos los colores
abigarrados se mezclan
de bueyes y de becerros
en las capas pintorescas.

.....

Los dos tropeles se buscan,
dispuestos a la pelea:
el de las jacas, que avanza,
y el de los toros, que espera;
y arriba, el Sol de Sevilla
preside la alegre fiesta...
Un Sol que Dios hizo aparte
para que a sus rayos dieran
el Cielo un azul más vivo,
y el aire mayor tibieza,
y más amores las almas,
y la vida menos penas,
y más gracia las mujeres,
y más claveles la tierra...

.....

Sale un becerro al escape...
¿Quién lo sigue en su carrera,
si del correr del novillo
tomó el suyo la centella?
¿Quién lo sigue? Las dos jacas
que tras él parten ligeras,
y de las que el viento mismo,
por no alcanzarlas, se encela.
Ambas, con mirarlas sólo,
dicen a quien las contempla
que del corcel de la Arabia
llevan la sangre en las venas.
Pequeño el casco y obscuro,
finas las patas y rectas,
anchos el pecho y la grupa,
piel lustrosa, crin de seda,
y enarcada sobre el cuello
la diminuta cabeza,
con unos ojos muy vivos
y una nariz muy abierta,
deí huracán del desierto
que fueron hijas recuerdan
apenas sienten, nerviosas,
en el ijar las espuelas.
Y aún más que el mismo acicate,
alas al correr les presta
la voz con que el garrochista

las anima en la faena.
Nuevo Centauro, parecen
hombre y corcel de una pieza;
de tal suerte van unidos,
buscando en la unión la fuerza.
Y uno son: no se concibe
sobre la silla vaquera
más jinete que el jinete
que *clavarse* allí semeja,
con la manta jerezana
sobre el arzón bien sujeta,
botas altas con caireles,
chaquetilla con coderas,
camisa fina y bordada,
botones de plata en ella,
sombbrero con barboquejo,
zajón de piel, faja negra,
la garrocha en una mano,
y en la otra mano las riendas.

.....

Va el becerro disparado
en busca de la querencia;
pero también el jinete
va tras él como una flecha.
Pronto le gana el terreno...

Ya lo ataja... Ya se acerca...
Ya levanta la garrocha...
Ya la brida al potro suelta...
Ya lo alcanza con la vara...
¡Por fin...! ¡El novillo a tierra!

.....

Con aire de desafío
se levanta con presteza,
por si hubo quien confundiese
con la fuga la carrera;
y al tropel de las garrochas
hace cara, y busca, y reta,
que el número de enemigos
los valientes nunca cuentan.
El tentador se adelanta,
y, sin que lo cite apenas,
el becerro, *recargando*,
le arremete con violencia.
Y otra vara, y otra, y otra,
sin que se rinda la fiera,
que crecen con el castigo
su rabia y su resistencia.
Y como el primer becerro
son todos los que se tientan,
alegres, nobles y bravos,

dignos del hierro que llevan.
Mañana, la muchedumbre
los aclamará frenética
cuando el toro, ensangrentado,
revolviéndose en la arena,
enseñe a luchar con brío
y a morir con entereza,
frente a un hombre que, a su ejemplo,
también los riesgos desdeña
y ante el peligro sonríe
y ante la muerte no tiembla,
como si aquel sol de fuego
que en crisol al circo trueca,
derramando la alegría
y ahuyentando las tristezas,
infundiése con su lumbre,
que hasta los huesos penetra,
en los brutos, el coraje,
y en los hombres, la guapeza.

.....

¿Quién dijo que de la Patria
la secular decadencia
es la afición a los toros
la que sostiene o engendra?
No es verdad que con las luchas

las naciones se embrutezcan:
por ellas se hacen viriles,
y el brazo y el alma templan.
Siendo del Mundo señores,
las amaron Roma y Grecia,
y sus luchas nunca fueron
más gallardas que la nuestra.
El Cid, el que de una raza
todos los timbres compendia,
también en sangre de toros
mojó su lanza de guerra.
No; no son los luchadores,
ni son los que los celebran,
quienes de la noble España
deslustran las glorias viejas;
mas lo son los que sus males
censuran y no remedian,
el desamor ocultando
bajo la hipócrita queja.
Nuestro pueblo fué glorioso
por ser pródigo en proezas;
fiestas que el valor inspira
deben ser siempre sus fiestas.
Calle el lamento baldío
que de los toros reniega,
y dejemos que el buen Pueblo
los aplauda y enloquezca.

¡Corridas...! Habrá corridas
mientras España no muera,
porque la raza las pide,
porque el valor es su esencia
y porque el Sol de Sevilla
no sabe qué hacer sin ellas.

VIEJA ORIENTAL

REBELDE y soñadora, la musa mía
siente, al ver que el pasado raudo se aleja,
dolorosa añoranza de una poesía
que me sabe a más joven cuanto es más vieja.

La olvidada poesía, rica en colores;
la de las orientales leyendas moras,
la que juntó en sus cuentos guerras y amores
al compás de cadencias arrulladoras.

Ya por el verde llano que el Darro riega
no galopan los potros de los zegríes,
llenando de alquiceles la fértil vega,
alcatifa bordada por las huríes.

Ya, cuando tras los montes sale la luna,
fuente de luz divina que estrellas mana,
no va a besar la esbelta torre moruna
donde llora sus cuitas una cristiana.

La cristiana, servida por pajes bellos,
cautiva de un caudillo noble y valiente,
que por cubrir el oro de sus cabellos
casi dejó sin perlas al mar de Oriente.

Ya no hay, de los combates tras la jornada,
del amor al certero golpe imprevisto,
ni cristianos que abjuren su fe sagrada,
ni sultanas que abracen la fe de Cristo;

ni quien por una dama corra a la muerte,
con su nombre en los labios como divisa,
ni quien conquiste reinos con brazo fuerte
para darlos a cambio de una sonrisa.

Fábulas candorosas, todo inocencia,
¿qué fué de vuestro encanto? ¿Dónde sois idos,
cuentos de niños grandes, cuya cadencia
se entraba hasta las almas por los oídos?

Más que sondar las llagas con escalpelo,
dejando ver miserias e imperfecciones
es misión del Poeta mirar al cielo
y acariciar piadoso los corazones.

No deis a quien ya sufre pena más grave,
ni ocultéis tras el ritmo traidora sima:
el Sol la planta busca, y el aire el ave...:
¡Aire y Sol para el alma busca la rima!

La endecha quejumbrosa, canto de amores,
que acompaña la dulce guzla lejana,
y en un rayo de luna llega entre flores
el ajimez morisco de la sultana;

la yegua del desierto, suelta la brida,
que espolea el jinete que corre en ella,
llevando entre sus brazos desvanecida
—regalo de las hadas—a una doncella...

Unid lo inverosímil, lo diferente:
a la mano que cura, la fiera garra;
al ángel de Murillo, la hurí de Oriente,
y al hierro toledano, la cimitarra;

unidlos con el nudo del ritmo santo,
y ahuyentaréis del Mundo penas y duelo...
La verdad es impía, pues lleva al llanto;
la mentira es piadosa, pues da consuelo.

Busquemos lo que al alma calme y aquiete:
los cuentos infantiles, los orientales...
El Hombre siempre es niño: dadle un juguete...
¡Veréis qué pronto olvida todos sus males!

Ese juguete busca la musa mía
de tiempos más felices en el reflejo...
¿Quién te llamó, insensato, vieja poesía?
¿Desde cuándo lo hermoso puede ser viejo?

NOCHE DE ESTRELLAS

No me has dicho muchas veces,
madre de mi corazón,
que cuando al Cielo se mira
se calma siempre el dolor?

—Sí, hija mía; mira al Cielo
(¿adónde mirar, si no?),
verás cómo tu amargura
se trueca pronto en dulzor.

—¿Por qué entonces, madre amada,
me entristece ver el Sol,
y lo que es luz allá arriba
es negrura en mi interior?

¿Por qué no voy, como siempre,
de su viva lumbre en pos,
oyendo el bullir del río
y el cantar del ruiseñor?

—Porque sufres, pobre niña,
porque sufres como yo,
y los que sufren de veras
no quieren consolación.

—Y la luna, madre mía,
la luna, cuyo fulgor
al alma entera llenaba
de dulcísima emoción,

¿por qué ya darme no quiere
el bien que siempre me dió,
y el llanto, cuando la miro,
mi vista nubla y mi voz?

—Porque la luna es la amiga
de los que sienten amor,
y sólo para el amante
guarda esa dulce impresión.

Las lágrimas se evaporan
de su rayo en el crisol...,
y las lágrimas del triste
cuanto más duran, mejor.

—Es verdad, madre adorada;
es verdad, tienes razón;
el remedio de mis penas
no es la Luna ni es el Sol;

son las noches sosegadas
en que, en la azul extensión,
levanta polvo de estrellas
el paso augusto de Dios.

¿Por qué en ellas solamente
se calma mi agitación,
y el llanto se hace sonrisa
y dulzura el amargor?

—Porque quien mira á una estrella,
si una vez sola lloró,
mira en ella reflejada
su propia tribulación.

Las lágrimas de los tristes
recoge el Sumo Hacedor,
y convierte en una estrella
cada gota que cogió.

Por eso quien mira al Cielo,
cuando ellas su adorno son,
piensa ver, hechas brillantes,
las lágrimas que vertió.

—Y ¿cuántas son las estrellas?
—Una por cada aflicción
que á cualquier ser en la vida
una lágrima costó.

—Parece que aumentan siempre.
—Y aumentan con profusión.
—Allí hay un nuevo lucero.
—¡ Es que hay un nuevo dolor!

EL PIE

DE todos los dones que a miles y miles,
ya en tibios otoños, ya en frescos abriles,
ostentan las bellas, y ostentan tan bien,
ninguno me encanta, seduce y conmueve
como un pie pequeño, que, grácil y breve,
da a un cuerpo gallardo movable sostén.

Cantaron las musas en cien madrigales
los labios bermejos de finos corales,
los ojos azules de limpio cristal;
del negro cabello las trenzas sedosas,
y el talle de junco y el seno de rosas...
Al pie solamente faltó el madrigal.

Y a fe que es injusto y extraño el olvido.
Belleza perfecta jamás ha existido

sin base y cimiento que gracia le dé;
ni el torso más puro, ni el rostro más bello,
ni cejas, ni frente, ni tez, ni cabello,
nada es en la hermosa más lindo que el pie.

Cautivo en su cárcel de muros de raso,
deslízase al ritmo del rápido paso
como un impaciente rapaz saltador:
creyérase un ala que roza en el suelo...
Y un ala es sin duda que copia su vuelo
tal vez de la alondra, tal vez del Amor.

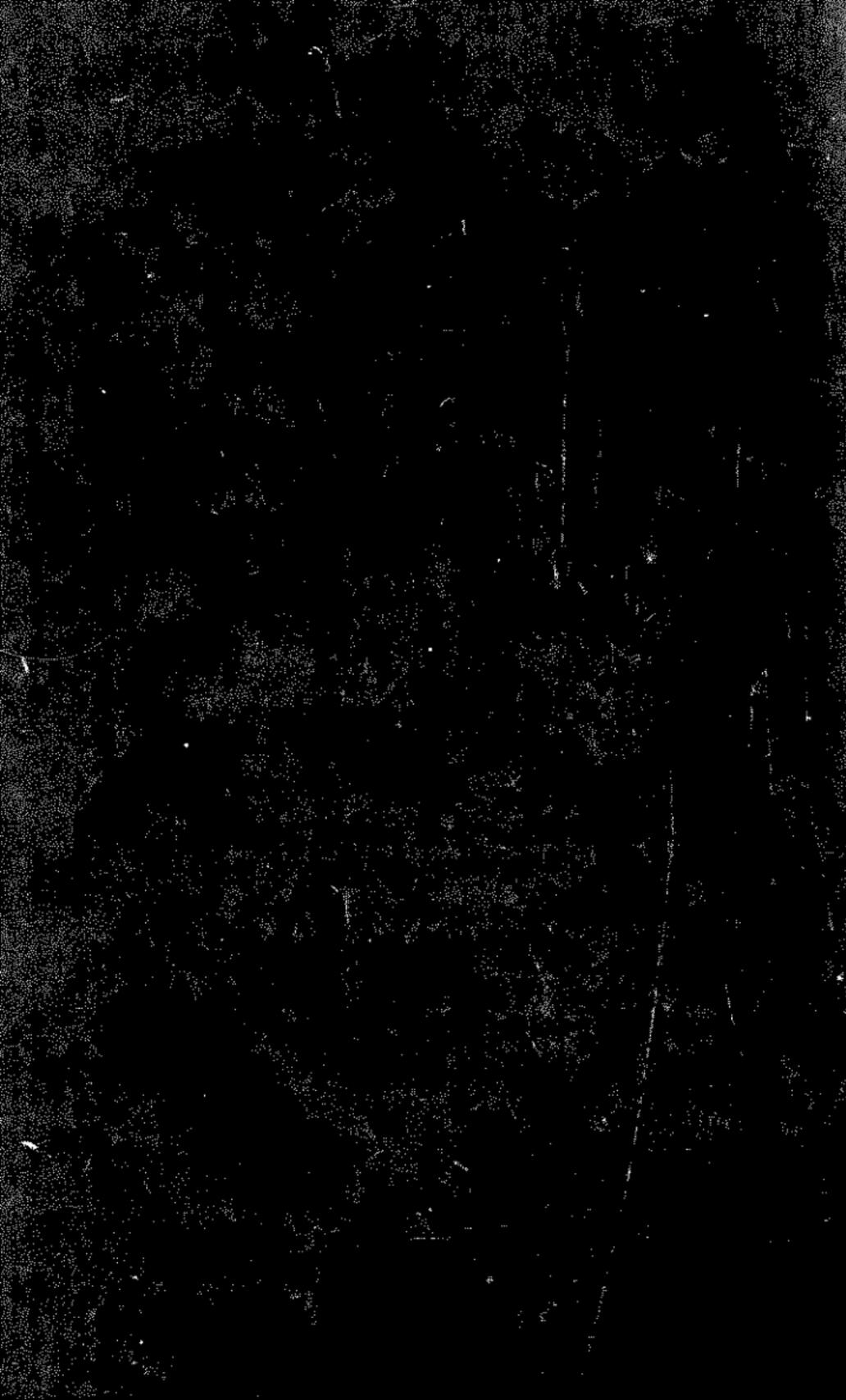
Cuando anda parece que dice y murmura:
"Con ser tan pequeño, mirad la hermosura
que, ufana, conduce mi airoso vaivén;
toda esta belleza, que altiva se mueve,
no tiene otro apoyo que un copo de nieve
que va envuelto en seda y es seda también."

Si rompe su cárcel y queda desnudo,
su bello contorno, ligero y menudo,
parece por blanco tallado en azahar,
y es concha de nácar de espuma cubierta,
y es rosa de Mayo, recién entreabierta,
con cinco capullos que quieren brotar.

Si va por la calle pisando de prisa,
siguiendo sus pasos, le dice la brisa:
"Con ser tan ligera, me encelo de ti."
Si va por la playa, nevada y serena,
le dice la espuma, muriendo en la arena:
"Mal haces si tienes envidia de mí."

No sólo es hermosa la cima eminente;
la noble cabeza, la pálida frente,
los rizos dorados y el tierno mirar;
tampoco al humilde belleza le falta...
La torre es altiva, la cúpula es alta,
mas ¿quién la sostiene sino es el pilar?

¡Pilar adorable de toda hermosura,
por ti lo que brilla su triunfo asegura,
por ti de lo humilde lo hermoso se ve!...
Por ser tu retrato, tu imagen completa,
se oculta en el suelo la pobre violeta,
que nunca ser quiso más alta que el pie.



HACIA SEVILLA

EL tren se arrastra por el suelo augusto,
por la meseta histórica y sagrada
que los siglos y Dios tienen sellada
con el sello de honor de lo vetusto.

¡Mieses y encinas! El paisaje adusto
no ofrece otro aliciente a la mirada;
pero hay algo en la tierra fatigada
de señorial, de noble, de robusto.

¡Oh, gloriosa visión...! El tren se aleja...
Es el patrio solar, la madre vieja,
que ante los años la cerviz humilla...

El humo, al dilatarse en el ambiente,
finge que sobre el Cielo transparente
escribe el nombre santo de Castilla.

El tren avanza; el aire se satura
de sal, de risas, de placer, de flores;
algo se bebe en él que sabe a amores,
que vierte gracia y bienestar procura.

El Sol da más calor; da la espesura
más gorjeos de amantes ruseñores;
una orgía de luz y de colores
enciende al corazón en su hermosura.

De la alta cumbre a la florida falda,
todo rompe en un canto de alegría;
el claro río, el valle de esmeralda,

la Tierra, el Cielo, la arboleda, el día...
¡Es el himno triunfal de la Giralda
que surge en la risueña lejanía!

SIN IDEAL

SEÑOR, ¿qué es este anhelo
que a refrenar no acierta el albedrío;
este mal sin consuelo,
este dolor impío,
esta impresión de muerte y de vacío?

¿Por qué me causa pena
lo mismo que hasta ayer era mi encanto,
y arrastro esta cadena,
y pienso en duelo tanto
que hasta el mismo placer me sabe a llanto?

¿Dónde huyó mi alegría?
Tan dolorosa y rápida mudanza,
¿quién trajo al alma mía?
¿Por qué ya no me alcanza
ni tan siquiera el bien de la esperanza?

¿No tiene ya murmullo
la blanda brisa, ni la miel dulzores,
ni la tórtola arrullo,
ni las almas amores,
ni astros el cielo, ni la tierra flores?

Sí; la Vida es la misma:
es que ya el corazón, cansado y duro,
la ve por otro prisma...
Tras un cendal obscuro
no hay mañana de Sol ni Cielo puro.

¡Ay de quien nada espera!
¡Ay de quien ya del Ideal querido
no busca la quimera!
Hermanos siempre han sido
alma sin ideal y ave sin nido.

Señor, no quiero bienes;
no te suplico con tenaz empeño
laurel para mis sienes;
la vanidad desdeño;
busco una sombra, una esperanza, un sueño...

El Ideal hermoso;
la aspiración sin tregua perseguida,
que me hizo ser dichoso...
Haz que vuelva a mi vida
el dulce bien de la ilusión perdida.

Y si mi dura estrella
no quiere darme en vida tanta suerte,
lógrela al fin tras ella;
que para el alma fuerte
el supremo Ideal está en la Muerte.



EL POETA EN LA GUERRA





EL POETA Y LA MUSA

EL POETA

MUSA, ¿por qué me escondes
la luz que viertes y el dulzor que exhalas,
y a mi voz, como siempre, no respondes?
No huyas de mí. Soy yo, yo, quien te llamo.
Vuelve a batir las alas,
y acude como tórtola al reclamo.
Es la hora del crepúsculo bendita;
la hora santa de ensueños y de amores;
la hora en que el alma espera tu visita.
Ven, Musa, ven.—En el confín lejano
hundió el día sus últimos fulgores.
Inspira tú mi voz; lleva mi mano...
Con ansiedad secreta
la Creación dormida

trovas me pide, a mi poder sujeta...
Mi deber es cantar... ¡Todo en la vida
necesita del canto del Poeta!

Cuanto en la Tierra existe
se hace más bello por influjo mío:
por mí de luz se viste
cuanto el Mundo atesora,
desde la blanca perla de rocío,
lágrima de la Aurora,
hasta el astro que rueda en el vacío.
Sin mí la Humanidad sucumbiría
del dolor bajo el peso.
Si no existiese yo, ¿quién prestaría
su oro al gusano en el capullo preso,
a la noche su pálida poesía,
su fuego al Sol, su claridad al día,
su trino al ave y su calor al beso?

Soy promesa de goce y de cariño
del Mundo en los umbrales,
junto a la cuna donde duerme el niño,
y esperanza de bienes inmortales
y más dichosa suerte

en torno de las losas sepulcrales
que cobijan el sueño de la muerte.

Por las dulzuras que en las almas dejo
con idéntico afán siguen mi huella
la añoranza tristísima del viejo
y el idilio de amor de la doncella.
Yo ennoblezco del héroe la tizona
cuando en la lid descuella:
en la frente del mártir soy corona;
en el primer albor de la mañana
soy celaje de grana
que en la serena altura
deja ver encantados espejismos;
del alma maternal en la ternura
soy luz y abnegaciones y heroísmos;
y soy en todo misterioso anhelo
que vierte de la Vida en la negrura
el bálsamo bendito del consuelo;
faro que al Hombre entre las sombras guía,
incentivo del Bien, del Mal azote...
¡ Soy la Eterna Poesía!
Soldado al mismo tiempo y sacerdote,
mi culto es la Belleza consagrada;
mi religión el Arte; mi morada
está del Ideal sobre la meta...

Para endulzar la Vida y su jornada
me dijo el Hacedor: "¡Canta, Poeta!"

LA MUSA

No me llames. ¿A qué, pobre demente?
Yo no soy ya la Musa que te inspira
ceñida de laurel la noble frente.
Mi imperio terminó... ¡Rompe la lira!
Te otorgué mis favores
cuando el Mundo aceptaba reverente
la santa religión de los amores;
cuando al débil el fuerte sostenía;
cuando niños y pájaros y flores
eran imán del alma soberano;
cuando impulsaba al Hombre la hidalguía
y el corazón humano
a la piedad y al llanto respondía.
Pero hoy, después del hondo cataclismo
que ha conmovido al Mundo en sus entrañas,
todo ha cambiado en él. ¡Ya no es el mismo!
Rompió el rencor el lazo
que juntaba, sin sañas,
hombres y pueblos en estrecho abrazo...
La voz alada donde el ritmo encierra

todo un mundo de ensueños y delicias,
eco no encuentra ya sobre la Tierra:
torcióse el curso de la humana suerte
y se hicieron zarpazos las caricias
y a la piedad substituyó la Muerte.

No soy yo, no es la musa regalada
que en la flor del romero
liba su miel jugosa y perfumada
la musa de esta edad.—El odio fiero
quiere otra musa impura y desgreñada,
encarnación del ansia vengativa,
que en la mano, de sangre salpicada,
en vez del ramo de la santa oliva,
levante el hierro de la roja espada—.
Musa de destrucción, musa de espanto,
que pide inspiración a la tortura,
gemidos al dolor, ritmos al llanto,
luz a la noche y a la hiel dulzura;
musa cuyos acentos iracundos
combinan sus estrofas acordadas
con ayes de soldados moribundos
y lamentos de esposas ultrajadas;
musa que, al aguzar sus crueldades,
sólo deja a las rosas las espinas,
los campos tala, incendia las ciudades,

el alcázar destroza
y en las mismas ruinas
hace juntarse al templo con la choza;
musa que en derribar cifra su anhelo;
que en la matanza goza;
que echa por tierra cuanto mira al Cielo;
que ver quiere en hoguera convertida
la obra humana, deshecha y destruída,
arte, fuerza, poder, virtud, renombre...
; cuanto en su larga lucha con la Vida
dejó en los siglos la labor del Hombre!

Pide a esa musa odiosa
un canto de dolor que digno sea
de esta edad monstruosa:
yo aborrezco la sangre y los horrores;
soy el ritmo que vibra y aletea
en los campos de flores
de una Arcadia que todo lo hermosea...
y hoy se cantan sus trovas los amantes
a la luz de una tea
sobre un montón de escombros humeantes.
Del pasado no restan ni cenizas:
las barre el odio ciego,
y en el Mundo, hecho trizas,
la sangre arrastra lo que deja el fuego.

EL POETA

Llévame a ver la Tierra devastada.
Mi voz, para cantar, pedirá al llanto
una estrofa de lágrimas regada.

LA MUSA

Lo que pide el horror de esta jornada
es una maldición más bien que un canto.

EL POETA

Pues yo la lanzaré sobre su frente:
presta sombra y negrura a mi paleta
y caiga sobre el Odio eternamente
la maldición airada del Poeta.



¿POR QUE?

I

LA Guerra fué a buscar a Juan Soldado;
implacable su zarpa lo arrancó
del mísero terruño tan amado
donde siempre vivió.

Le dieron un fusil; él, obediente,
al hombro se lo echó sin vacilar.
“Hay que matar”, dijéronle, y valiente
se dispuso a matar.

Dejó madre, y esposa, y compañera,
y la casa, y el hijo de su amor;
para él ya no hubo más que la bandera,
símbolo del honor.

Defenderla juró de polo a polo
y a defenderla satisfecho fué;
pero al partir, muy bajo, para él solo,
se preguntó: “¿Por qué?”

II

Llegó Juan de unas lomas a la falda;
el soto, la alameda y el maizal
daban cerco a la espléndida esmeralda
del espeso trigal.

Allí, del huerto alegres los frutales;
allí, la rosa con la hortensia en lid;
allí, del claro río en los cristales,
bañándose la vid.

En la campiña verde y extendida
mostraba mayo su risueña faz;
todo era placidez, riqueza, vida
por la vega feraz.

“Destruye”, le dijeron al soldado;
ese era su deber, y destruyó:
las olas temblorosas del sembrado
la metralla barrió;

cayó la casa, la arboleda, el puente,
el molino, la iglesia, el almendral;
lo que fué campo rico y floreciente
se trocó en erial...

“Me lo manda ese lienzo que flamea
—dijo Juan—; cuanto encuentre arrasaré...”
Pero al cesar su bárbara tarea
volvió a pensar: “¿Por qué?”

III

La ciudad a lo lejos relucía,
bañada por la luz crepuscular,
como un bosque de torres que se erguía
mirándose en el Mar.

Agujas, columnatas, alminares,
todo hablaba de gloria y de poder;
viejos palacios, templos seculares,
maravillas de ayer...

De nuevo alzó su acento la bandera:
"Destruye y mata", sin piedad gritó.
Juan, su grito al oír, sintióse fiero
y el mandato cumplió.

Al rojo resplandor de mil fogatas,
que un solo incendio hicieronse después,
templos, agujas, torres, columnatas,
todo rodó a sus pies.

Y de la inmensa hoguera a los fulgores,
por las calles corrió de la ciudad,
de la sangre aspirando los vapores,
matando sin piedad...

Sintió un impulso atávico de hiena,
un vértigo de muerte y destrucción.
Cuando es un deber santo el que lo ordena,
¿quién tiene compasión?

Mas la cima al tocar del heroísmo,
si no su brazo, vaciló su fe,
y en cuentas al entrar consigo mismo,
se repitió: "¿Por qué?"

IV

Trabóse nuevamente la batalla;
la voz de mando “¡Avancen!”, ordenó.
Bajo una espesa lluvia de metralla
Juan Soldado avanzó.

¿Cómo no, si iba al frente la bandera,
que es para el bravo irresistible imán...?
Pero ¡ay!, que al ir a entrar en la trinchera,
cayó por tierra Juan.

Y mientras, hasta el fin sereno y fuerte,
luchaba en vano por tenerse en pie,
en su boca, crispada por la muerte,
aún vagaba aquel trágico “¿Por qué?”



EL CAÑÓN Y LA CAMPANA

GUARDIÁN de la ancha llanura,
la ermita sobre una altura
puso piadosa la Fe;
de cuanto la vista alcanza
en la inmensa lontananza,
ella sola queda en pie.

En escombros el poblado,
deshecho el bosque y talado,
arrasada la heredad...,
único y triste consuelo,
la espadaña mira al Cielo,
como implorando piedad.

Anochece... En el paisaje
todo es gris, como el celaje;
todo es calma, todo unción...

En su paz honda y bendita,
la campana de la ermita
vierte el toque de oración.

Respondiendo a su sonido,
canto a la vez y gemido,
rezo y saludo a la par,
se oye un trueno fuerte y seco,
que repite sordo el eco,
retumbando sin cesar.

Es la voz de la metralla,
donde el odio humano estalla
con mortífera explosión;
a la escasa luz que aún queda
dice al lejos la humareda
por dó va la destrucción.

En el término distante,
del cañón la voz tonante
lleva el duelo por doquier...
La campana reza y llora
en la calma bienhechora
del sereno anochecer.

¡Oh, planicie muda y yerta,
como el mar ancha y desierta,
sin un árbol ni una flor;
símbolo del alma herida,
tú reflejas de la Vida
los anhelos y el dolor...!

Tu extensión, que luto viste,
es la senda larga y triste
que el nacido ha de seguir;
son tus árboles tronchados
los ensueños arrancados
por el viento del vivir.

Ese lúgubre estampido,
por el eco repetido,
del fatídico cañón,
es la voz que al Hombre advierte
que es la lucha y es la muerte
su destino y su misión...

.....
.....

Pero, en son pausado y lento,
la campana lanza al viento

sus gemidos de metal,
y en la vega solitaria
sube al Cielo la plegaria,
baja al Mundo el Ideal...

LA MUÑECA

¿Qué fué de aquella casa que se erguía
del altozano en el feraz verdor;
del huerto que amoroso la ceñía
con su arboleda en flor?

¿Qué resta de la cerca tapizada
—pebetero del valle y su confín—
por la verde cortina perfumada
del trepador jazmín?

Doquier muros y techos derruidos,
cadáveres en bárbaro montón,
tapias sin flores, árboles caídos,
cenizas, destrucción...

A la estridente voz de los clarines,
pasó la guerra en pérfido raudal,
y amapolas se hicieron los jazmines,
y las piedras, coral...

Sólo, a la luz de la menguante luna,
triste vestigio del hogar que fué,
salvada de las llamas, una cuna
entre escombros se ve.

Y de rojizas manchas salpicada,
una pobre muñeca de cartón
muestra sobre la cuna abandonada
su faz sin expresión...

.....

¿Qué drama oculta la implacable suerte
tras la cuna y su santa placidez?
¿El ángel de la Guarda al de la Muerte
se la entregó tal vez?

Nunca tuvo el dolor más triste mueca,
ni en bronce el genio la esculpió veraz,
que la que de esa trágica muñeca
sale a la tosca faz.

De la niña que amante la mecía
¿dónde fueron los labios de rubí?
¡Qué amargura tan honda sentiría
al dejársela allí!

¿Con tal premura el riesgo amenazaba,
que ni a su amiga fiel pudo salvar?
¡Ay...! Dormía tal vez... Tal vez soñaba...
¡Qué horrible despertar!

Primero, las angustias, las congojas;
el estampido que hace estremecer...
Luego, el supremo horror; las manchas rojas
que salpican doquier...

El ciego empeño de salvar la vida,
la fuga entre el sangriento combatir,
dejando a la muñeca tan querida
olvidada al huír...

¡Pobre juguete, que con torpe mano
para el alma infantil talló el amor,
tú te levantas contra el odio humano
cual mudo acusador!

Tu triste soledad desgarradora
habla de un niño, huérfano al nacer,
o de una madre que entre sangre llora
por el ser de su ser...

¡Guerra que al Mundo en sepultura truecas,
no detengas tu marcha criminal;
prosigue sobre cunas y muñecas
tu carrera triunfal!

No se pare la furia de tu brazo
mientras los hombres a su alcance estén,
y caigan al empuje del hachazo
los ángeles también.

Si quedan una cuna abandonada
y un pintado pedazo de cartón,
en ellos, para ti, toda alma honrada
pondrá su execración.

Del hombre-fiera que se juzga fuerte
la muñeca fustiga la impiedad...
¡Es una maldición contra la Muerte
que lanza la Orfandad!

LAS FLORES VENIDERAS

LA bella y fértil región
ya no es ni fértil ni bella:
por toda la ancha extensión
dejó su trágica huella
la insaciable destrucción.

Sólo ve por los sembrados
la mirada estremecida
cadáveres de soldados,
inmensa alfombra tejida
con cuerpos despedazados.

Ni un hogar alegre humea,
ni el trigal amarillento
como un mar de mies ondea,
ni lanza su voz al viento
la campana de la aldea.

Todo yace mudo, inerte;
en valle, monte y umbría,
sólo tristeza se advierte;
por doquier, pálida y fría,
bate sus alas la Muerte...

.....

Cesará del odio humano
la explosión terrible y fiera,
y su tapiz soberano
de nuevo por cerro y llano
tenderá la primavera.

Primavera más florida
sobre estos campos hoy rojos,
porque es ley siempre cumplida
que la muerte y sus despojos
dan mayor savia a la vida.

¡Valles de sangre abonados,
en su púrpura teñidos
y por lágrimas bañados,
si hoy os veis abandonados,
pronto os veréis florecidos!

Vuestras rosas volverán;
pero, sin saber por qué,
los hombres de ellas huirán...
Flores que esta tierra dé...,
¡qué tristes flores serán!

De vidas por la hoz segadas
se nutrirán tus rosales,
y serán más perfumadas
tus rosas por ir regadas
con lágrimas maternas.

Toda flor en ti nacida,
por escarnio de la suerte,
al alma, de horror transida,
no hablará de amor y vida,
sino de dolor y muerte.

¿Qué deja a la criatura
la guerra con sus horrores,
si su sangrienta locura
le quita hasta la ventura
de que pueda amar las flores?

¡ UN AÑO... !

UN año... ! ¡ Y ni un vislumbre de esperanza
de que, harta al fin, la universal locura
sacie su sed horrible de matanza !
¡ Un año... ! ¡ Y aún el Mundo, indiferente,
ve correr por doquiera en ola impura
de sangre humana arrollador torrente !
¡ Un año... ! Y aún son yermos los trigales,
y aún con brutal estrépito sonoro
dan en tierra las viejas catedrales,
y aún lanza el odio bárbaros rugidos,
y al llanto maternal unen su coro
los ayes de dolor de los heridos,
y aún los campos desiertos
se ofrecen al perdido caminante
de buitres y cadáveres cubiertos,
y es del cañón el retumbar constante
la campana que llora por los muertos !

¿Huír? ¿Y dónde huír? ¿Dónde se evita
ver la insondable sima ensangrentada
en que la Humanidad se precipita?
¿Dónde hacer que se libere la mirada
de esta tenaz visión, negra y maldita?
Ni hundiéndose en el seno de la Tierra
se aparta de la mente
el fantasma implacable de la Guerra,
que hasta en su fondo mismo,
entre el fragor del combatir, se siente
la brusca convulsión del cataclismo.
La sangre baña el árbol, del terreno
al clavarse en las hondas cicatrices
que desgarró el barreno,
y de sangre se nutren sus raíces;
el hierro, de las minas arrancado
por destructor y fuerte,
también sale de sangre salpicado,
y al ir a ser cañón ya va enseñado
a herir los pechos y a sembrar la muerte.
No bastaba con valles y montañas
a la ciega explosión del odio airado:
para llevar más lejos sus hazañas
pidió al abismo lóbrega guarida
y se hundió de la tierra en las entrañas,
a envenenar las fuentes de la Vida.

Del mismo Mar la anchura
a su torpe furor no fué bastante:
la esmeralda sin fin de su llanura
trocó en rubí de fuego deslumbrante;
mas ¿qué importaba ensangrentar, impío,
de sus olas la sábana brillante...?
Hasta el fondo del piélago sombrío
llevar era forzoso la batalla;
que estallasen sus grutas coralinas
al bárbaro chocar de la metralla;
que huyesen con espanto las ondinias
de la matanza horrenda,
y que el cañón sembrase de ruínas
lo que sembró de encantos la leyenda.

Y así fué. Del arcano
que del Mar los misterios envolvía
rasgó los velos del mortal la mano,
y todo el odio que en su pecho hervía
al fondo fué a estallar del Oceano.
Las olas, por la lucha alborotadas,
en tempestad furiosa,
se encresparon, de sangre coronadas;
el Mar fué inmensa fosa
donde de tanto ser sacrificado
el Amor no grabó ni un solo nombre,

y del festín interminable hastiado,
sintió piedad el tiburón del Hombre.

Y aun tampoco bastaba
con los senos del Mar y de la Tierra
a la ira universal, del odio esclava:
a la región del viento
era preciso prolongar la guerra,
infestando del Mundo hasta el aliento,
y alas pidiendo al genio la locura,
al competir con águilas y halcones,
subió el rencor a la desierta altura
para erizar las nubes de cañones.
Y el libre espacio, el dilatado ambiente,
el pabellón azul immaculado,
la esperanza suprema del creyente,
dejó de ser la fuente del consuelo,
la constante ilusión del desgraciado,
la clara senda que conduce al Cielo...
¡Ay! La misma oración, nuncio divino,
tuvo que hallarse al remontar el vuelo
con el odio y la muerte en el camino.

¡La Tierra, el Aire, el Mar...! Cuanto se mira,
todo es volcán rugiente,
todo produce horror y espanto inspira...

Señor, si es que es llegada
la hora de que tu mano omnipotente
vuelva seres y mundos a la nada,
cúmplase al cabo tu inmortal justicia
y húndase, por tu fallo condenada,
la ingrata Creación que se desquicia;
pero si tu designio generoso
aún reserva al mortal enloquecido
de la Paz el instante venturoso,
Señor, Señor, las horas apresura;
venga pronto el momento bendecido,
término de esta horrible desventura;
vuelvan en breve plazo
la mies a dar alfombra a la llanura
y la vid a trepar por el ribazo;
no más los hombres sin piedad se hieran;
tornen felices al hogar que adoran
tantos valientes que la muerte esperan
y tantas madres que esperando lloran;
y de la santa Paz bajo las alas,
sin torpes luchas ni combates fieros,
vuelvan los campos a lucir sus galas,
vuelva la Vida a recobrar sus fueros;
y así, fecundas a la vez y amigas,
para oprobio y afrenta de tiranos,
la Tierra juntará vides y espigas
cuando junte el Amor almas y manos.



DOMINGO DE RAMOS

DE la palma la airosa ligereza
fué siempre emblema de cuanto espreciado;
del Genio por la Fama coronado,
del Triunfo, de la Paz, de la Pureza.

Las palmas aman: su inmortal belleza
es del Amor el símbolo sagrado:
Dios mismo, por los hombres aclamado,
las tuvo por dosel de su cabeza.

Signo es de bendición su emblema puro;
pero hoy que el odio sanguinario y duro
embrutece a los pueblos y a las almas,

y todo es guerra, destrucción y horrores,
en el nombre del Dios de los amores
parece un crimen bendecir las palmas.



LA TIERRA ABANDONADA

EN la planicie dormida
se va extinguiendo la vida
la luz del Sol al caer;
toda la Naturaleza
siente la dulce tristeza
del augusto anochecer.

Semejante al Oceano
se dilata el ancho llano,
imponente como el Mar;
su inmensa extensión alumbra
la misteriosa penumbra
del fulgor crepuscular.

La honda calma del momento
sólo turba el manso viento
con giro blando y veloz;

su rumor finge un gemido
fatigoso y dolorido
que al lejos lanza una voz.

Una voz, sí... La voz pura
de la infinita llanura
de otoñal amarillez;
voz que lágrimas encierra:
la voz de la madre tierra,
que llora y dice a la vez:

—Labriego, pobre labriego,
¿por qué me faltan tu riego,
tu cuidado y tu calor?
Si eres siempre el hijo mío,
¿por qué te alejas impío
de la madre de tu amor?

Con acento lastimero
te llaman valle y otero,
te llama el pobre solar;
te llama el terruño amigo
por la voz del seco trigo,
que se pierde sin segar.

Tu cabaña de la aldea
ya por las tardes no humea
cuando acaba tu labor,
ni del buey el paso lento
de tu canto soñoliento
marca el ritmo arrullador.

Están mudos cerro y prado...
Ni la esquila del ganado,
ni del carro el chirriar,
ni las voces del camino,
ni del agua del molino
el sonoro borbotar...

Sólo un espectro, una sombra,
del valle la mustia alfombra
cruza corriendo tras ti;
es la mujer que te espera,
es tu noble compañera
que dice, llorando, así:

—Pobre labriego querido,
¿por qué abandonas el nido
que en tu ausencia guardo yo?
Soy tu amiga, soy tu hermana;

la flor del campo lozana
que para ti se crió.

Voy sin ti constantemente
con el cántaro a la fuente,
destrozándome los pies;
luego, la siega es muy ruda
y no puedo sin tu ayuda
con los haces de la mies.

Vuelve, vuelve, campesino;
vuelve a ver lo que el destino
te reserva al regresar;
Dios bendice tu fortuna;
vuelve pronto, que una cuna
te está esperando en tu hogar.

Aún ignoras los dulzores
del amor de los amores,
del más grande, del más fiel;
aún del hijo idolatrado
las mejillas no has besado...
¡Aún no sabes lo que es miel!

Vuelve a tu hogar, buen labriego;
con amor profundo y ciego

tu madre te espera allí;
vuelve y escucha su queja,
que cegó la pobre vieja
de tanto llorar por ti.

Respondiendo a la amargura
de la voz de la llanura,
dilatada como el mar,
vibra al lejos en el viento
el gemido de otro acento,
que parece contestar:

—No me llames amorosa,
madre Tierra, siempre hermosa,
porque aumentas mi dolor;
tu hijo ha muerto, madre mía;
busca en vano tu porfía
de sus brazos el calor...

Ya no existe aquel labriego
que trocaba con su riego
las campiñas en pensil;
por deber, al ser soldado,
trocó el hierro del arado
por el hierro del fusil.

Yo era noble, yo era bueno;
con mi sudor, de tu seno
pan y abundancia saqué;
hoy, destructor e iracundo,
gozo en hacer infecundo
lo mismo que fecundé.

Madres, hermanas, esposas,
fueron junto a mí dichosas,
compartiendo mi labor;
nos juntaba en paz serena
la doble y santa cadena
del trabajo y del amor.

Llora, campesina, llora,
que aquella paz bienhechora
no ha de tornar otra vez;
ya por siembras y encinares
sólo reina en los hogares
la orfandad o la viudez.

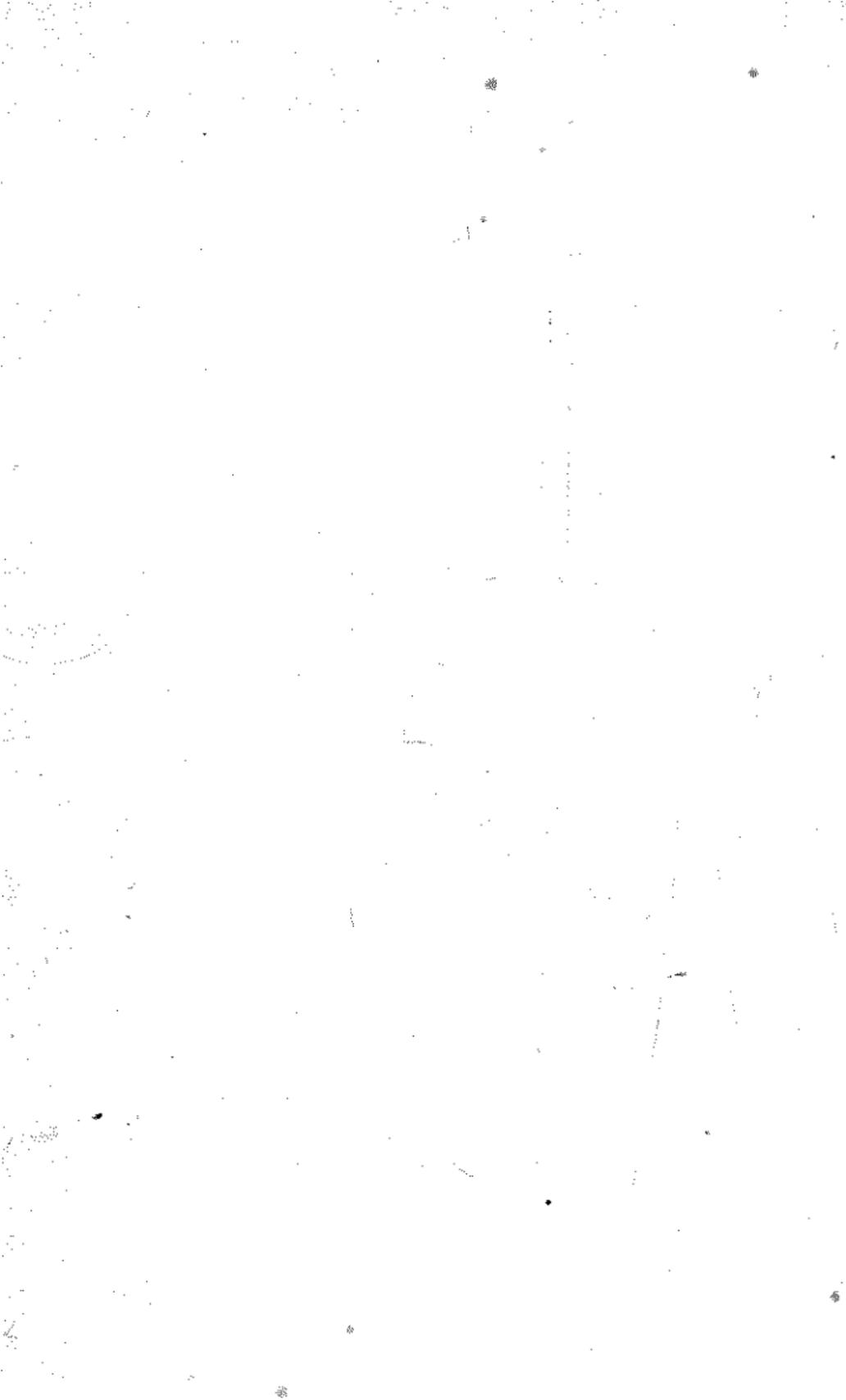
Llora por tu hogar caído,
por tu labriego perdido,
por tu campo hecho erial;
llora, sí; la inicua guerra

trocó al hijo de la tierra
en el hijo del chacal.

.....
.....
.....

Y al unirse en el ambiente
las dos voces tristemente,
del crepúsculo al fulgor,
fingen en la lejanía
como un eco de agonía,
doliente y desgarrador.

Ya no es la voz sin ventura
de la agostada llanura,
ni es el llanto del mortal;
no es una queja ni un grito...
¡Es el lamento infinito
del dolor universal!



LO QUE DICE EL HORNO

HIERRO! ¡Hierro! ¡Venga hierro! De palacios y cabañas
arrancadlo sin descanso; mi calor lo fundirá.

Venga hierro, mucho hierro; cuanto encierran las montañas...

Rebañad hasta encontrarlo de la tierra en las entrañas...

¡Es la Guerra quien lo pide y es la Muerte quien lo da!

Soy el Horno, soy el fuego: lo que al par destruye y crea;
lo que limpia y purifica, generoso y destructor;
de mi imperio, que es el Mundo, mi poder se enseñoorea
cuando el mástil gigantesco de la enhiesta chimenea
lanza al viento de humo y llamas mi bandera bicolor.

Ya no sale de mi seno, cuyo aliento no se enfría,
con la viva lluvia de oro de mi fuerza germinal,
ni el arado que al terruño fecundándolo rompía,
ni los arcos con que el puente sobre el aire se tendía,
ni la cuna que arrullaba la ternura maternal.

Ya no forjo el frágil hilo que por tierras y por mares hizo al fuego de las nubes de los hombres servidor, ni aquel otro que del rayo libertaba los hogares, ni las rejas que cerraban de los templos los altares, ni las rejas que servían para altares del Amor.

De la Tierra estremecida las terribles convulsiones sólo encuentran lenitivo de la sangre en la embriaguez; yã los hombres son chacales y son hordas las naciones, que no buscan en el hierro sino bocas de cañones, lo que esparce con la muerte la miseria y la hediondez.

Cuando el Bien y la Justicia dominaban en la Tierra yo luchaba por la Vida, yo era un muro contra el Mal, con la fuerza incontrastable que en el horno el fuego encierra; hoy en torno de mis llamas silba el viento de la Guerra y me arrastra, como a todo, la locura universal.

¿A qué quieren los mortales ni la reja martillada, ni el arado generoso, ni el herraje de blasón?
Basta sólo con que queden el mortero y la granada:
lo que busca, para hundirla, de los hombres la morada;
lo que encuentra, para herirlo, del soldado el corazón.

Pues el hierro en muerte o vida por mi influjo se convierte:
nada más que con tocarlo con mi cetro de rubí,
con la fuerza de mi fuego cambiaré la humana suerte:
en los campos del despojo y en los reinos de la Muerte
sólo triunfa y sólo impera quien la Muerte lleva en sí.

Es preciso que mi hazaña deje al Hombre satisfecho:
yo pondré, como corona de esta fiebre de matar,
una chispa en cada mina y una bomba en cada techo,
un carbón en cada llaga y una bala en cada pecho
y una hoguera en cada campo y un incendio en cada hogar.

¡Venga hierro! ¡Mucho hierro! Sople el odio huracanado
y que el Hombre me contagie de codicia y de furor.
Es el Horno quien lo pide, y ahora empieza mi reinado...
¡Quede sólo en lo futuro sobre un Mundo devastado
mi penacho de humo y llamas tremolando vencedor!

LA ORACION DEL SOLDADO

EL Mundo era dichoso y sonreía...
Vibraba por doquier de polo a polo
la universal, frenética alegría,
mientras que Dios, menospreciado y solo,
tras un altar sin culto se escondía,

No era la religión consoladora
para el Hombre triunfante
la santa luz de la inmortal aurora:
era como una lámpara olvidada
que extinguía su llama agonizante
sobre una tumba rota y profanada.

.....

Pero tronó el cañón: su voz vibrante,
ronco grito de guerra

por millones de seres repetido,
Espacio y Mar y Tierra
estremeció con bárbaro estampido,
y a su trágico horror, de Dios el nombre,
sacado por el miedo del olvido,
volvió al labio del Hombre...

“Ampárame, Señor”, dijo el tirano,
con hipócritas lágrimas fingidas,
alzando al cielo la sangrienta mano
que inmoló a su ambición vidas y vidas.

“Dios va conmigo y luchará en mi abono”,
dijo el audaz conquistador impío
que alzó sobre cadáveres su trono;
y un inmenso rumor, vivo y profundo,
gritando por doquier “¡Valme, Dios mío!”,
se extendió por los ámbitos del Mundo.

¡Mientras más de la furia y de la muerte
el deshecho turbión se desataba,
con un fervor, al parecer más fuerte,
del Dios de paz el nombre se invocaba!

Dios miró hacia la tierra y sintió espanto
viendo en constante emblema convertido
de luto y destrucción su nombre santo.

—¡Maldito el que me invoca!

—dijo, en la esencia de su amor herido—
con labio infame y corazón de roca.

Sólo han de hallar en mí desdén y enojo
las plegarias impuras,

disfraz de la rapiña y el despojo.

Virgenes de mis célicas legiones,

el camino cerrad de las alturas

a falsas oraciones

que inspira el odio o la ambición artera;

mientras dure el rugir de la metralla,

no ha de llegar a mí ni una siquiera

que venga de los campos de batalla.

—¿No escucharás la mía?

—dijo un acento débil y apagado

por el ronco estertor de la agonía.

—¿Quién eres tú? —Señor, soy el soldado;

el que fama no busca ni provecho

tras la contienda impía;

el que al plomo traidor ofrece el pecho

para dar a los grandes la victoria;
soy el que nada quiere;
lo anónimo, lo obscuro de la gloria;
el que deja a una madre desvalida
en un hogar al que su ausencia hiere,
y al ver segada en flor su noble vida
no pregunta siquiera por qué muere.

Dios, oyendo la queja solitaria,
dijo entonces, piadoso y ablandado:
—Dejadle libre el paso a esa plegaria.

.....

Y desde el Mundo, levantando el vuelo,
entre nubes de incienso perfumado,
llevada por las vírgenes del Cielo,
llegó a Dios la plegaria del soldado.

STABAT MATER

(DÍPTICO)

I

EL Hijo muerto de la Cruz pendía.
Muda a sus pies, por el amor clavada,
la Madre, por mil dardos traspasada,
sus dolores en lágrimas fundía.

Al rodar de los siglos parecía
la terrible tragedia terminada,
y otra vez, de la Historia en la jornada,
vuelve a surgir, fatídica y sombría.

Aún viven el escriba y el sicario;
aún renuevan la escena pavorosa
la enhiesta cruz y el pueblo sanguinario;

que la humana maldad, nunca piadosa,
no quiere de la cima del Calvario
arrancar a la *Mater Dolorosa*.

II

Habla el cañón y la justicia calla.
Por el fuego tronchadas y barridas,
cayendo van doquier vidas y vidas
sobre el inmenso campo de batalla.

De lejos y de cerca la metralla
abre en el cuerpo y en el alma heridas...
¡Mil madres deja en el dolor sumidas
cada casco de bomba cuando estalla!

El mundo es una enorme sepultura
donde se alza una cruz, a cuyo lado
la mujer funde en llanto su amargura.

¡ Siempre el *Stabat Mater* renovado!
Tú fuiste ayer, oh, Virgen sin ventura;
hoy es, por Ti, la madre del soldado.

EL DIA GRANDE

DEL Tiempo en la memoria
consagraron los siglos algún día
como el día más grande de la Historia?,
—preguntaba un acento...

Y así, desde la incierta lejanía,
otra vez contestó, que trajo el viento:

—El día en que el bajel de un navegante
con soberbia embestida
los velos desgarró del mar de Atlante,
vió su invencible fuerza sometida,
y un hombre audaz, con el destino en guerra,
una playa al tocar desconocida
clavó una cruz y completó la Tierra.

—Hay—repuso otra voz—mayor victoria;
hay un día mejor y más fecundo
puesto sobre la cima de la Historia:
el día prodigioso del invento,
que a miles reproduce en un segundo
los signos en que encarna el pensamiento
y por todos los ámbitos del mundo
difunde la Verdad, la Luz, la Ciencia
por cien diversos modos,
haciendo que la humana inteligencia,
igualándose al Sol, alumbre a todos.

—Sin duda no has mentido
—dijo un tercer acento enardecido—;
pero es más grande el día,
y en la Historia dejó más honda huella,
en que el hombre, sin freno en su osadía,
logró arrancar al cielo la centella,
y el rayo destructor, el rayo impío,
convirtiendo en callada servidumbre
su atronador y ciego poderío,
cedió al mortal su lumbré
para alumbrar con ella sus hogares,
le dió su fuerza que en las nubes mora
y llevó por la tierra y por los mares
su palabra triunfante y vencedora.

Y otras cien voces, en discorde coro,
resonaron después. Una exclamaba:

—Soy de la Historia y de su libro de oro
la página mejor, el día santo
que al Mundo, á quien su furia amenazaba,
de la barbarie libertó Lepanto.

—No es la matanza lo que el hombre aprecia
sino del arte el soberano aroma;
mi día fué mejor—clamaba Grecia.
—El mío lo eclipsó—gritaba Roma...

.....

.....

En esto, otra voz grave,
que a todas dominó, que parecía
bajar del Cielo por lo blanda y suave:
—No luchéis—murmuró—por una gloria
que no obtendréis jamás; sólo hay un día
que merezca el recuerdo de la Historia,
y ese día soy yo... No me rodea
ni el triunfo por el genio conseguido
ni el estruendo marcial de la pelea...
Soy un día sin palmas ni laureles,

que los mortales echan en olvido,
por eso son injustos y crueles;
el día en que, subiendo a una colina
un hombre entre una turba alborozada,
dejó en ella escuchar su voz divina.
¿Qué dijo? Una palabra solamente;
pero aún es su palabra, no igualada,
del Bien y la Verdad la única fuente;
aún es la vida lumbre
que ilumina el horror del hondo caos...
Cristo subió a la cumbre,
miró á los hombres y les dijo: "Amaos!"

.....

En la Historia del Mundo y su porfía,
desde que el padre Sol los orbes baña,
grande, eterno, inmortal no hay más que un día:
¡El día del Sermón de la Montaña!



SIMBOLO

CUANDO estalló la granada,
con fragor de terremoto,
la habitación, destechada,
dejó ver un lecho roto
y una cuna abandonada.

Sobre el lecho en que el amor
unió al par almas y brazos,
en el último estertor
dos cuerpos hechos pedazos
se crispaban con horror ;

y, ajeno a lo que ocurría
junto a su cuna de armiño,
donde el sueño lo mecía,

*

huérfano al nacer, un niño,
despertaba y sonreía.

.....
.....
.....

Siguió su raudo camino
la guerra que el odio inflama,
y en medio del torbellino
nadie supo el negro drama
del pobre hogar campesino.

Cuando del rencor detrás,
que arrastra a malos y buenos,
siempre irá el mundo quizás,
¿qué importa una casa menos?
¿qué importa un huérfano más?

El hierro la muerte encierra,
y el odio da al hombre palmas...
¡Proziga la imbécil guerra
mientras den odio las almas,
mientras dé hierro la tierra...!

.....
.....
.....

Hogar que con torpe mano
rompió la muerte al pasar,
¡pobre hogar humilde y sano!
en ti tiene el odio humano
castigo y ejemplo al par...

Esas dos vidas tronchadas,
esas dos almas amigas
a la ventura arrancadas,
esas dos fuertes espigas
traidoramente segadas,

de esta edad cruel y artera
mancharán por siempre el nombre;
son la señal verdadera
de que aún subsiste en el hombre
lo que heredó de la fiera;

son de un mundo que pasó
símbolo que ver no place;
mundo que la guerra holló,
que en el odio se formó
y en el odio se deshace;

mientras la cuna inocente,
donde entre sangre y tristeza
despierta un niño sonriente,
es el símbolo viviente
de un mundo nuevo que empieza.

Esos padres, al caer
sobre un lecho destrozado,
fuente de vida hasta ayer,
representan del pasado
el sangriento anochecer,

y el niño, que al ver morir
un bien cuyo precio ignora,
sólo sabe sonreír,
lleva en su risa una aurora...,
; la aurora del Porvenir!

Contra guerras y tiranos,
los padres, roja la faz,
parecen alzar las manos;
la sonrisa del rapaz
anuncia un mundo de hermanos.

INDICE

PÁGS.

| | |
|--------------------------|---|
| <i>Dedicatoria</i> | 7 |
|--------------------------|---|

EL POETA EN LA PAZ

| | |
|-----------------------------|----|
| La encina castellana..... | 11 |
| El primer vuelo..... | 13 |
| Teresa de Jesús..... | 19 |
| ¿Concha o perla?..... | 21 |
| La gota de agua..... | 25 |
| En un abanico..... | 29 |
| Noche de luna..... | 35 |
| Por fuera y por dentro..... | 39 |
| Lo que dice el poeta..... | 43 |
| El sol de Madrid..... | 47 |
| ¡Vendrá!..... | 53 |

| | PÁGS. |
|------------------------------------|-------|
| A una madre joven..... | 59 |
| El abuelo..... | 63 |
| Psicología y Zoología..... | 73 |
| Canto a la Alhambra..... | 77 |
| En el álbum de Matilde Moreno..... | 83 |
| Lo pequeño..... | 85 |
| La cumbre y el valle..... | 89 |
| Ilusión óptica..... | 91 |
| A una porteña..... | 95 |
| La canción de la espiga..... | 97 |
| El maniquí..... | 101 |
| La Pilarica..... | 105 |
| Fabulilla..... | 109 |
| Amanecer..... | 113 |
| Epitafio de un caballo..... | 119 |
| Monólogo..... | 121 |
| Nietas y abuelas..... | 125 |
| El tentadero..... | 129 |
| Vieja oriental..... | 137 |
| Noche de estrellas..... | 141 |
| El pie..... | 145 |
| Hacia Sevilla..... | 149 |
| Sin ideal..... | 151 |

EL POETA EN LA GUERRA

PÁGS.

| | |
|-----------------------------|-----|
| El poeta y la Musa..... | 157 |
| ¿Por qué?..... | 165 |
| El cañón y la campana..... | 173 |
| La muñeca..... | 177 |
| Las flores venideras..... | 181 |
| ¡Un año...!..... | 185 |
| Domingo de Ramos..... | 191 |
| La tierra abandonada..... | 193 |
| Lo que dice el horno..... | 201 |
| La oración del soldado..... | 205 |
| Stabat Mater..... | 209 |
| El día grande..... | 211 |
| Símbolo..... | 215 |



